

LOS PENSADORES



EDITORIAL CLARIDAD

Suplemento del catálogo de obras en existencia

LIBROS Y PUBLICACIONES DIVERSAS

Barletta, Leonidas.—Canciones Agrias	1.—
Barletta, Leonidas.—Los vientres trágicos	1.—
Borghí, Armando.—La Italia tra due Crispi	1.50
Castelnuovo, Elias.—El monstruo	0.20
Dicenta, Joaquín.—El minero	0.20
Fabbri, Luis.—Dictadura y Revolución	2.—
Faure, Sebastián.—Los Anarquistas	0.10
Fischer, M. y A.—Cuentos de Francia	1.—
Grubber, Max von.—La higiene en la vida sexual	0.30
Justo, J. B.—Socialismo	1.—
Malatesta, E.—An café	1.—
Marx, C.—El Capital (trad. por Justo)	4.—
Noja Ruiz, Higinio.—Los Sombríos	1.—
Rocker, Rodolfo.—Artistas y rebeldes	1.80
Rolland, Romain.—Vida de Miguel Angel	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Mahatma Gandhi	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Tolstoi	1.—
Stanchina, Lorenzo.—Desgraciados	0.50
Stanchina, Lorenzo.—Brumas	0.50
Tagore, Rabindranath.—Pájaros perdidos	0.30
Uramuno, Miguel de.—Los ideales de mi vida	0.20
Uncal, José María.—Los poemas cantábricos	1.—
Kropotkine, Pedro.—La Gran Revolución	2.—
Drauger, William.—La Vida Sexual	1.50
Hardy, G. Dr.—Medios para evitar el embarazo	2.—
Nietzsche, F.—Así hablaba Zaratrústa	1.—
Urals, Federico.—Sembrando flores	0.30
Muller, J. P.—Mí sistema	0.50
France, Anatole.—La isla de los Pingüinos	0.40
Barcos, Julio R.—Libertad sexual de las mujeres	1.50
Flammarión, Camilo.—Urania	0.50
Blasco Ibáñez, V.—Sangre y Arena	0.50
Hernández, José.—Martín Fierro	0.40
France, Anatole.—Escritos Póstumos	0.40

LOS POETAS

Almafuerte.—Poesías selectas	0.20
Antología de versos para niños	0.20
Baudelaire, Carlos.—Las flores del mal	0.20
Becquer, Gustavo Adolfo.—Rimas	0.20
Blón, Lord.—Poesías selectas	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas	0.20
Bufano, Alfredo R.—Misa de réquiem y otras poesías	0.20
Calou, Juan P.—Poemas Póstumos	0.20
Carducci, Josué.—Nuevas Rimas	0.20
Carrere, Emilio.—Los ojos de los fantasmas	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas Herejes y Poemas Póstumos	0.50
D'Annunzio, Gabriel.—Poesías líricas	0.20
De Diego, Rafael.—Las angustias	0.20
Espronceda, J. de.—Selección de Poesías	0.20
Gabriel y Galán, J. M.—Nuevas castellanas	0.20
Goethe.—Poesías líricas	0.20
Heine, Enrique.—Poesías	0.20
Herrera y Reissig, Julio.—Las lunas de oro	0.20
Hugo, Víctor	0.20

Machado, Manuel.—Caprichos	0.20
Issaacs, Jorge.—Poesías completas	0.20
Maturana, José de.—Las fuentes del camino	0.20
Poe, Edgar Allan.—Poesías completas	0.20
Santos Chocano.—Alma América	0.20
Silva, José Asunción.—Poesías completas	0.20
Silva Valdés, Fernán.—Agua del tiempo	0.20
Stechetti, Lorenzo.—Póstuma	0.20
Trelles, José A. (El viejo Pancho).—Paja Brava	0.20
Verlaine, Paul.—La Buena canción	0.20
Villaespesa, Francisco.—Viaje sentimental	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas herejes	0.20
Guerra Junqueiro.—La muerte de D. Juan	0.50
Martí, José.—Versos libres	0.20
Méndez, Gervasio.—Poesías completas	0.20
Musset, Alfredo de.—Poesías	0.20
Mármol, José.—Poesías escogidas	0.20
Núñez de Aree, G.—Poesías y Poemas cortos	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas (edición papel pluma)	1.—

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Alba y Giménez, Dres.—La prostitución	0.20
Climent, T. R. Dr.—Higiene sexual del soltero y de la soltera	0.20
Dupuy, R. Dr.—La vida sexual	0.20
Escalante Escandón, Dr.—El Amor Fecundo	0.20
Escanciano, J. J.—La radiotelefonía vulgarizada	0.20
Flammarión, Camilo.—La Ciencia	0.20
Flammarión, Camilo.—La muerte y su misterio	0.20
Forel, Augusto Dr.—El amor y el apetito sexual	0.20
Forel, Augusto Dr.—Ética sexual	0.20
Forel, Augusto Dr.—Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio	0.20
Fournier y Bloch, Dres.—La sífilis	0.20
Gámbara, L. Dr.—Historia de la doctrina natural	0.20
Krishnamusti, J. K.—Semillas de oro	0.20
Kuhne, Luis.—¿Estoy sano o enfermo?	0.20
Lacassen, C.—Impotencia y Esterilidad sexual	0.20
Mayoux, Dr.—La Educación sexual de los jóvenes	0.40
Romero, L. D. Dr.—¿Es contagiosa la tuberculosis?	0.20
Rosch, Dr.—Higiene del matrimonio	0.20
Sánchez de Rivera, D. Dr.—Profilaxis de las enfermedades sexuales	0.20
Sighele, Escipión Dr.—La mujer y el niño	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Hacia la cultura sexual	0.20
Sommer, Luis.—Cómo se evitan los peligros de la lujuria	0.20
Suárez Casañ, V. Dr.—Fenómenos sexuales	0.20
Tairens Draugs, E. Dr.—La mujer en el amor y la voluptuosidad	0.40
Vargas Marty, F. A. Dr.—El matrimonio, el divorcio y el adulterio	0.20
Venette, Dr.—Pintura del amor conyugal	0.20
Bleeh, Aimée.—Enseñanza teosófica	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Estudios sexuales	0.20

DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 756

Administración:
INDEPENDENCIA 3531
U. T. 4999, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:: ARTE, CRÍTICA, Y LITERATURA ::
Suplemento de "EDITORIAL CLARIDAD"

Director: ANTONIO ZAMORA

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención post.

AÑO \$ 2,50 m/n.

En los demás países

AÑO \$ 3.00 oro

CADA EJEMPLAR 20 cts.

AÑO IV

Buenos Aires, noviembre de 1925

N. 115

AL MARGEN

Frente único de la mentalidad izquierdista.

Nunca fué tan importante como en nuestra época el papel de los pensadores y artistas revolucionarios.

Sobre el vasto escenario intelectual del siglo, se han tendido dos líneas de fuego. De un lado, el misoneísmo irreductible de las inteligencias conservadoras adscriptas a los gobiernos y a las plutocracias, atrincheradas en las viejas creencias y empecinadas en consolidar el orden actual de cosas. Del otro, el filoneísmo de las inteligencias rebeldes sin complicidades con el pasado ni con los usufructuarios del privilegio, que se empeñan en empujar el mundo hacia adelante, mediante una liquidación de valores, creencias e instituciones que permita aventar las cenizas de los ideales difuntos, para abrir paso a los ideales nuevos que retoñan con la nueva cultura del espíritu en yemas de amores y esperanzas en el corazón remozado de una humanidad nueva.

La lucha es cruenta y desigual. Los intelectuales alquilados por la burguesía son ejércitos numerosos, bien disciplinados, que cuentan con todos los pertrechos de guerra y disponen de todos los reductos y baluartes para aplastar a los que tengan la audacia de no pensar en complicidad con ellos.

Los rebeldes somos pocos y estamos dispersos, cuando no totalmente aislados como simples anacoretas del espíritu. Nos declaramos francotiradores y peleamos en pequeñas montoneras cuando no individualmente, a razón de uno contra mil. Es la clásica lucha de los trescientos espartanos del idealismo contra los trescientos mil persas del filisteísmo. Inflamados de fe y de coraje, no nos detenemos nunca a medir nuestras fuerzas ni a pensar en los resultados desastrosos de tan desigual combate. Sabemos que representamos la calidad frente al número; el espíritu de selección frente al espíritu montonier de la mediocridad triunfante, y, aunque fuésemos treinta en lugar de trescientos, o tres en vez de treinta, lo mismo cumpliríamos con nuestro deber corriendo al desfiladero de la verdad a batirnos contra los persas de la venalidad y el obscurantismo.

Pero ha llegado el momento de economizar tiempo y fuerzas, de congregar nuestras unidades de combate, y a ese fin iniciamos con este número de LOS PENSADORES la hermandad espiritual del pensamiento izquierdista en la literatura y las bellas artes, la educación y las ciencias sociales, a objeto de promover una franca y honda agitación intelectual en todo el país. Preciso es confesar que el arrebañamiento moral de la intelectualidad reaccionaria, responde el individualismo ególatra de los intelectuales y artistas rebeldes. Y

eso es nuestra enorme desventaja. En lugar de ir masticando biliosos improperios contra el logrerismo de los exitistas que abarrotan todas las posiciones de provecho material, creemos nosotros que es más decoroso (y hay en ello más gallardía) organizar con los bravos legionarios del pensamiento libre el ala izquierda de la intelectualidad americana, para levantar frente a los de aquellos nuestros cuarteles.

Tenemos en contra las fuerzas organizadas del poder y del capital: la prensa rica, el teatro industrializado, las academias y los jurados oficiales, la docencia y la intelectualidad burocrática de la nación. Pero tenemos a nuestro favor la espiritualidad de un pueblo revolucionario tutelado por intelectuales reaccionarios y contamos, sobre todo, con el alma ardiente de la juventud, que es la tierra fértil donde toda noble siembra germina, florece y fructifica. Como no padecemos fiebres de lucro, no tenemos impaciencia por la cosecha. Si bien estamos dispuestos a rompernos las manos para cultivar el suelo del presente, sabemos que el porvenir es lo nuestro y realizamos encantados nuestro trabajo como el obrero que se ha enamorado de su obra.

Un día no lejano, el arte será para nosotros lo que es ya para otros pueblos más civilizados que el nuestro, el maravilloso instrumento espiritualizador de la cultura argentina. No serán los que lo han convertido al presente en simple industria, cambalacheando el orgullo de artista y los dones del talento por un puñado de monedas o por algunos puestos y prebendas oficiales quienes podrán preclarse de ello.

La piedra angular del nuevo edificio la habremos puesto los herejes y los proscritos que hoy comemos el pan glorioso de la pobreza. Los que no hemos tirado a la calle nuestro tesoro espiritual, que es la riqueza de todas las riquezas, los que siendo pobres como mendigos nos sentimos archimillonarios de amores y esperanzas, seremos los encargados de enriquecer la cultura de este pueblo, lacándolo primeramente de la roña del utilitarismo e impregnándolo luego de ideal por todos los poros de su alma.

Antes de construir el templo, hemos pensado que deberíamos empezar por formar la congregación de obreros encargados de realizar la magna obra. Y por ahí hemos empezado. Un elenco de escritores jóvenes, jóvenes todos por sus años o por sus ideas, de pintores, escultores, músicos y educacionistas que han tomado partido por el porvenir, que no discuten sus ideologías revolucionarias, sino que se dan la mano para una acción conjunta dejando plena libertad para todos los delirios del espíritu, constituyen nuestra primera legión de voluntarios. Abridnos la esperanza de que no tardará el día en que las mejores inteli-

gencias del país se incorporen poco a poco a nuestro frente único.

No pretendemos arrastrar a los talentos desalquilados ni a los espíritus inertes; nada haríamos con ellos ni para nada nos servirían los contempladores pasivos de la belleza o de las ideas, esos «genios» que llevan una hernia en la voluntad y prefieren cabalgar en el clavileño de un idealismo más o menos vaporoso, antes que arremangarse para la acción de los ideales. No queremos ni necesitamos gentes de hamaca. Guerreros y trabajadores de carne dura para el sacrificio y de corazón intrépido para la pelea es lo que necesitamos en nuestras filas. Son muchas las cosas grandes y hermosas que están por hacerse en nuestro ambiente, y esta es ¡la Hora! para hacerlas.

Por eso nosotros hemos escrito sobre nuestra puerta, para que la lean los que a ella llaman, la frase insustituible de Darío: «Ni la tierra, ni la mujer, ni la inteligencia, se peñan durmiendo.»

Melpómene entre nosotros.

Acaba de ser asesinado Ernesto Pérez Millán, quien asesinó a Kurt Wilkens, quien mató al coronel Varela, quien hizo masacrar en la Patagonia aproximadamente a tres mil obreros. Pocas veces en la historia se registra una cadena tan larga de represalias. Para completar el drama, falta ahora que otro loco mate al loco que asesinó a Millán y luego se pegue un tiro en la cabeza. Entonces se podría bajar el telón. Hay en esta tragedia un sentido profundo y patológico de la tragedia. En total participaron hasta ahora cuatro hombres: dos locos y dos cuerdos. Lo primero que salta a la vista es que los cuerdos — aunque movidos por distintos sentimientos — obraron con menos aplomo que los locos. Nosotros, que no estamos de acuerdo con el crimen, si tuviésemos que repartir cargos empezáramos por darle al coronel Varela la peor parte, supuesto que él fué quien asesinó más. Pero nosotros no vamos a juzgar particularmente a nadie. Queremos apreciar globalmente la tragedia de cuatro hombres que obraron impulsados por la masa. Los cuatro tuvieron cómplices encubiertos o manifiestos. Fué esta una tragedia de clase. Cuando la insurrección de la Patagonia la burguesía reclamaba un verdugo. Y el verdugo surgió y se llamó Varela. Al tener conocimiento los obreros de la masacre patagónica, ellos también reclamaron un ajusticiador. Y el ajusticiador surgió y se llamó Wilkens. Uno fué el intérprete de los intereses de la burguesía y el otro fué el intérprete de los sentimientos del proletariado. La tragedia culminó en estos dos hombres. Después decayó la intensidad del drama. Se subalternizó el contenido de la obra. La acción que desarrollaron los reyes ahora muertos, pasó a manos de los lacayos. Pérez Millán obró como un lacayo. Es como si a Napoleón, cuando estaba preso en Santa Elena hubiese ido un vigilante y lo hubiera ultimado en su celda. Pérez Millán despertó al preso indefenso; y, semidormido, le hizo fuego a boca de jarro. Queriendo encarnar un papel de valiente obró como un cobarde. El drama de Pérez Millán, primitivamente colectivo, se convirtió de esta manera en un drama doméstico de cocinera o de lavaplatos. El personaje menos brillante de la tragedia fué sin duda Pérez Millán, a quien la justicia le había puesto un fusil en la mano y le había entregado una víctima

encerrada en una jaula de hierro. La hazaña de Pérez Millán es la hazaña de Tartarín de Tarascón que mata a un león preso y encadenado. Wilkens asaltó a Varela a campo descubierto y cara a cara. Lo mismo hizo Lusich con Pérez Millán. Varela no peleó tampoco de frente con los obreros: peleó por teléfono... El impartía órdenes que luego se cumplían. Señalamos estos rasgos de valor físico, porque en verdad de verdad en todos los casos sólo intervino el cuchillo o la bomba o el fusil. Fué un valor de petróleo donde cada uno se jugó su propia vida. El que mejor quemó fué sin disputa Wilkens...

Se nos antoja ahora que todo esto ha ocurrido bajo la influencia de un extraño caso de razonamiento colectivo. Razonando, razonando, Varela, desde su punto de vista, masacró a los obreros. Razonando, razonando, Wilkens, desde otro punto de vista, suprimió a Varela. Razonando, razonando, Pérez Millán, desde un punto de vista distinto, asesinó a Wilkens. Y razonando, razonando, Lusich — también este tenía su punto de vista — le pegó tres tiros a Pérez Millán. Y todos — colocados cada uno en su punto de vista — tenían razón. Unos más que otros, se comprende.

Pero la tragedia que nadie vió no fué esta sino la otra; la que se verificó en el sur... Y allí murieron mujeres y niños. Y fueron quemados vivos unos, y otros fueron condenados a cavar sus fosas antes de ser fusilados.

Nuestro pueblo tiene temperamento trágico. Todavía va a surgir algún Esquilo entre nosotros. Es por esto que no perdemos la esperanza de ver florecer aquí algún día un teatro más sangriento que el de la Grecia de Pericles.

Luis Pirandello, prototipo del literato modesto.

Hace algún tiempo leímos en "La Nación" un artículo firmado por el escultor Zonza Briano, titulado "Lo que pienso yo de mi arte". Era una monserga macarrónica — mezcla de cocoliche y Vargas Vila — de la cual se desprendía solamente con claridad que El opinaba muy bien de El mismo, en abierta oposición, se comprende, de lo que opinamos todos. Ahora, cada vez que leemos un artículo de Luis Pirandello — uno de esos artículos que aparecen con regularidad tachométrica en las columnas del gran rotativo — nos acordamos siempre de la monserga de Zonza Briano. Algunos escritores europeos utilizan el periodismo argentino con fines subalternos de propaganda personal. Otros, como Azorín, suponen que en América no hay más que paraguayos y uruguayos y guacamayos, y tratan seguramente de informarnos cómo se come en los hoteles españoles y cómo se duerme y qué calidad de aceite se gasta en la cocina y qué sabor tienen los vinos que se consumen en la mesa. La mayoría de los escritores españoles imaginan que nosotros vivimos toda la semana con la boca abierta esperando el domingo para leer sus formidables colaboraciones. Algo parecido le ocurre a ciertos escritores italianos.

Volvamos a la sugestión del artículo de Zonza Briano. Claró está: Pirandello sabe escribir porque ese es su oficio. Pero para los que poseen la maldita costumbre de leer entre líneas, no se les escapa que el señor Pirandello posee una gran opinión del señor Pirandello. Impulsado por su aplastante sinceridad, el hombre pone

de manifiesto, a cada rato, la admiración que él se inspira a sí mismo. Todos sus artículos podían titularse: "Lo que piensa Pirandello del señor Pirandello", y en todos puede llegarse a la misma conclusión: que se piensa demasiado bien y se piensa demasiado. Pirandello, como Gálvez, está lleno de sí mismo. Sospechamos que personalmente debe ser un hombre inaguantable. Cuando escribe "nuestro teatro" debe leerse "mi teatro", y cuando habla de la "literatura italiana" debe leerse "mi literatura". Es tan grande el respeto y la fe que se inspira a sí mismo que hasta se cita en sus propias obras. En "Seis personajes en busca de autor" hay un ejemplo elocuentísimo de egolatría literaria. Como si esto fuese poco, posteriormente escribió una serie de ensayos explicando al público ignorante de la Argentina "cómo se le ocurrió a él escribir los "Seis personajes en busca de autor", dando a entender que esta obra era algo así como la Meca del teatro moderno.

Nosotros no tenemos muy buena opinión del dramaturgo italiano. No porque sea fascista y reaccionario o porque esté dotado de una pedantería tipo Zonza Briano, sino porque aun no hemos podido encontrar en su extensa labor literaria los méritos que la crítica oficial le asigna. En Italia abunda el escritor kilométrico como Mario Mariani y Pitigrilli, cuya obra se destaca en primer término por la dimensión fabulosa de volúmenes. Al llegar a los 30 años un escritor italiano tiene, por la parte baja, 30 obras escritas. Y esto acusa una propensión seria a la charlatanería literaria. No se puede esperar mucho de un autor que publica tres o cuatro obras por año. La gestación de un libro no es igual a la gestación de un artículo de diario. En Italia se ha hecho de la novela y del teatro una variación del periodismo. Vale decir, un deporte literario. Allí, los escritores parecen ametralladoras de largar libros. Pirandello empieza por pertenecer a la categoría del escritor-ametralladora. Es increíble la cantidad de obras que tiene escritas, siendo todavía, como es, relativamente joven.

Nadie duda del genio de Pirandello empezando por Pirandello mismo. Pero a nosotros se nos ocurre que el hombre carece de genio, por lo menos del genio que se le atribuye. A veces se nos ocurre más: se nos ocurre que es un mistificador y un charlatán con más suficiencia que Ramón Gómez de la Serna, el de la larga fama. A veces se nos ocurre también que es un mediocre dotado de una habilidad pasmosa para representar el papel de genio. Toda la obra copiosísima de Pirandello es de dudosa identificación. Está hecha a base de trucos literarios. En los cuentos cortos no surge claramente el artificio porque terminan pronto. Pero cuando emprende una obra de grandes dimensiones — como "El difunto Matías Pascal" — entonces desnuda por completo su inteligencia y aparece en toda su magnitud la mistificación literaria. Dudamos de que quien haya leído esta novela siga creyendo todavía en el genio de Pirandello. En el teatro es un prestidigitador vertiginoso que marea durante la representación. Pero ni bien el público abandona el recinto advierte que se lo ha engañado. Pirandello estafa y miente. No maneja ideas, ni sentimientos, ni maneja almas: maneja situaciones y luces y trucos escénicos. Es un tramoyista admirable. Lo único nuevo que aporta al teatro son cuestiones secundarias de técnica y escenografía. La obra

de arte vale por su contenido y no por su indumentaria. La esfera ideológica de Pirandello es limitada. El cree aun que el honor de las mujeres radica en el útero. Por un simple puntillo de faldas es capaz de hacer una descomunal tragedia. Otra prueba de su cortedad de miras la da el hecho de que sea fascista y patrioter. El genio está dotado de ideas y sentimientos universales. El genio que sólo mira hacia su país es un genio chico. Tampoco si fuera un genio perdería tanto tiempo hablando de sí mismo como una señorita. La obra de Pirandello se caracteriza por la trampa literaria. Sabe tender tan bien las redes y estirar tan bien las cuerdas, que a veces suele atrapar a personas inteligentes. Sus obras carecen de toda finalidad, fuera de la finalidad manifiesta de epatar al público.

"El Hogar", que se especializa en las encuestas, debía levantar una así:

- 1°. ¿Que opina usted de Pirandello?
- 2°. ¿Es un genio o un charlatán?

Así es, si a Vd. le parece

Generalmente, la crítica, entre nosotros, se hace desde un solo punto de vista. La literatura, como la pintura, se contempla siempre desde el punto de vista estético. Parece ser que una obra de arte es una obra de arte y nada más. Este concepto, a pesar de su aparente amplitud, es un concepto bastante simple. Si el hombre es el animal más complicado de la creación, y el arte la complicación intelectual más elevada del hombre, no es posible, entonces, reducirla a una fórmula tan sencilla y elástica como es la fórmula del arte por el arte. Aunque todas las fórmulas artísticas son igualmente restringidas y odiosas, ninguna nos resulta tan odiosa y restringida como esta. Digamos que el arte por el arte es la receta más turbia y arbitraria que inventó la cocina estética en su primer menú de definiciones. Vivir por vivir no es justamente el objeto de la vida, porque vivir por vivir, viven las bestias. El hombre tiene, sin duda, un objeto más noble que cumplir en el mundo que la vaca o el caballo. Si la vida del hombre no tuviese un objeto singular, el hombre ya hubiese desaparecido. Aunque nosotros no podamos concretar el objeto de la existencia, esto no implica que la existencia no tenga ningún objeto. Sospechamos que la naturaleza no hizo al hombre por darse el gusto de añadir un animal más a la cadena zoológica.

Todo lo que el hombre realiza tiene un objeto determinado y el arte no puede escapar a la regla. Nada se hace por que sí. Lo primero que el hombre se pregunta frente a cualquier obra, es por qué y para qué se hizo esta obra. Y no es una razón decir que se hizo porque sí o porque al autor le dió la gana de hacerla. El histerismo y la insensatez están desligados por completo de la filosofía. En ciertos casos como cuando un hombre comete un crimen, la humanidad tiene el derecho de exigirle a este hombre una rendición de cuentas. El autor de un cuadro o de un libro debe tener un motivo razonable que explique la causa de su resolución. El material primo que el artista utiliza en la construcción de sus obras, representa la contracción dolorosa de otros hombres que trabajan y no es justo ni sensato derrochar luego, miserablemente, así porque sí, el caudal de las energías humanas. Si hay alguien que nos merezca respeto en la vida es el hombre que sufre y que trabaja. El

pintor o el literato que afirma haber hecho su obra porque se le dió la gana de hacerla, una de dos: o es un ignorante o no sabe lo que dice. Ahora sucede que cuando una obra, por su carencia total de valores no acusa ningún objeto, el autor se defiende enfáticamente diciendo que el arte no tiene ningún objeto y por eso él no se propuso ninguno. En seguida llama en su auxilio al fantasma del arte por el arte, que se ha convertido hoy en el arte de justificar todas las tonterías y vaciedades artísticas. Si le preguntamos a Figari o a Pettorutti por qué pintan, nos dirán que "pintan por pintar" o que "pintan porque sí" o que "pintan con los ojos cerrados, sin saber lo que pintan", y entonces nos explicaremos por qué pintan semejantes calamidades.

Cuanto más grande es el genio del hombre tanto más grande es el panorama de sus propósitos. Quien no se propone nada, naturalmente, no hace nada. Para realizar cualquier cosa, antes es menester proponérsela. No podemos concebir un hombre de genio huérfano de propósitos geniales. Tampoco concebimos que no ponga su genio al servicio de una causa noble y humanitaria. Todo lo que el hombre hace, lo hace para el hombre. El hombre crea al medio y el medio crea al hombre. El genio tiene siempre una gran misión que cumplir respecto a sus semejantes y la cumple. Cristo no predicaba por predicar. No predicaba tampoco para contemplar sus ademanes o para escuchar su voz. Tampoco lo hacía para ensartar palabras bonitas o para hacer sonar el órgano solemne de su retórica religiosa. Cristo tenía un objeto que cumplir y lo cumplió. A León Tolstoi le ocurrió algo parecido. Lo mismo a Miguel Angel y a Beethoven. El genio y el talento nunca caen en la simplicidad de cantar por cantar o de enunciar telas para gastar colores. Si el arte no tuviera un objeto, el pueblo que trabaja para alimentar a los artistas y a otros zánganos, se rebelaría contra el arte.

Digamos, además, que el hombre no es un ser aislado que no tenga nada de común con la especie a la cual pertenece. Todo hombre que habla o que escribe es un eco de la humanidad. Los problemas del individuo son los mismos de la especie. Con el mismo corazón sufre el artista y el que no es artista. La naturaleza nos hizo a todos con el mismo barro, y sólo los aristócratas del pensamiento pueden negar esta verdad sencilla y eterna.

La obra de un artista se puede mirar desde muchos puntos de vista, pero nunca de un solo punto de vista, como es el arte por el arte. Si el hombre trabaja para el hombre, no podemos prescindir luego al juzgar la obra de uno, de relacionarla con los demás. Existe una vinculación instintiva de colmena o de hormiguero en la actividad que despliegan, por distintos caminos, todos los hombres generosos y justos que sufren y trabajan. El hombre que se desliga de la humanidad o de la naturaleza, se separa del sendero de la línea recta. El mejor artista es el que más trabaja por el bien común y el que más ama a la humanidad y a la naturaleza.

He aquí el verdadero principio de la sabiduría.

LOS PENSADORES regularizará su salida quincenalmente desde el próximo número y si esto no pudiere hacerse, no saldrá más.

El fracaso de la compañía Villaespesa.

Antes de partir definitivamente — ¡y así sea para siempre! — la compañía Villaespesa intentó mejorar su menguada boletería dando *Don Juan Tenorio*, el melodramón disparatado y cursi, con el que se celebra el Día de los Difuntos. Ni así se salvó el vulgar vividor que llegó con fueros de poeta. El autor de *El Alcázar de las Perlas*, *La Leona de Castilla*, y cien engendros más de teatro tradicionalista y en verso; es lo que vulgarmente, en esta boba ciudad de Buenos Aires, tan pródiga; se llama un "caradura". Este Villaespesa ha hallado modo de recorrer la América haciendo representar sus dramones, y cuando la cosa cuadra, dando conferencias y recitando — en compañía de su consorte — las elucubraciones sentimentales de su espíritu... de mercachifle. Por que se puede ser muy mercachifle y muy sentimental a la vez. Lo prueba este Villaespesa hoy, y ayer nos lo probaron Gómez Carrillo y Marquina.

El caso es — caso de regocijarse — que este arquetipo de «fresco», de empresario con disfraz de intelectual — el burro con la piel del león —; ha debido preparar sus maletas y las de sus subordinados, e irse de seguro a parlotear por ahí que Buenos Aires es una ciudad de fenicios o de cartagineses. ¿Cómo no serlo, una gentes que no quieren oír los amores de Sindaraxa o los arrebatos de una reina de Castilla, volcados en versos por Villaespesa? Como tal, como versificador, ya lo conocíamos. Es el autor de cuarenta o cincuenta volúmenes de ñoñerías y plagios en los que remeda desde Herrera y Reissig y Lugones, hasta el último poetilla tropical que le cayera entre las uñas rapaces. ¿Y este fósil con un grafófono de discos viejos por corazón, pretendía ganar dinero dándonos la lata? ¿Que frescura la del chulejo madrileño-andaluz!

De lamentar es su fracaso, desde un punto de vista patriótico — patriotismo a lo Carlés... o a lo Rossi, el autor dilecto de Ballerini —. Por esto Villaespesa, en Colombia, ganó su maletada de bolívares; en agradecimiento fabricó un drama en cuatro o cinco o seis actos y lo tituló *Bolívar*. De haberse podido instalar aquí, a embolsar pesos más cómodamente, hubiera fabricado un *San Martín* o un *Belgrano* o un *Alvear* o un *Irigoyen*, en cinco o diez actos... según la intensidad de su gratitud. Nos hemos quedado sin él... aunque en España abundan estos poetastros, que surten de dramones históricos a la Guerrero; y si cae alguno por aquí, con más suerte que el chulo este, tal vez nos lo haga.

No desesperen todavía: Hispania es tierra fecunda en aventureros y tahures. En cada café, se incuba un Villaespesa o un Blasco Ibañez, cuando no un Benavente.

Luis Carlos López, el injustamente desconocido poeta colombiano, encarna a maravilla el tipo de poeta nuevo. Hay en su poesía inquietud, ironía y descontento, animado todo por una robusta personalidad. Lea el próximo número de «Los Pensadores» y conocerá a uno de los espíritus mejor dotados de la época.

IZQUIERDA Y VANGUARDIA LITERARIA

No es un secreto para nadie decir que la literatura tiene su política. Precisar el ámbito que ocupa y filiar exactamente su índole, es cosa aparte. Nótese si no con que frecuencia se habla hoy de "literatos profesionales" en el libro y la crónica diaria. Literato profesional, es decir, hombre de letras que vive de su solo ejercicio, convirtiendo a aquéllas en instrumento práctico o "modus vivendi". Ciertamente es también que este calificativo no honra mucho a quien se le aplica. La política de referencia tiene su origen en que todos los plumíferos tienden lógicamente a prevalecer, sin discernir rangos; a allegarse las mejores prebendas sin más títulos, a menudo, que su premiosa ambición. Sorprenderá tal vez esta concupiscencia en quienes, según el vulgo, viven en el limbo, siendo los más porfiados platónicos. Lejos de ese candor, la rivalidad entre la numerosa grey literaria sube de punto hasta hacerse visible. Mediante la política, tal antagonismo pierde su violencia o se atenúa al menos. Triunfa el más amable, el más dúctil a las circunstancias, el que dispone de más recursos diplomáticos. Los que ignoran ese arte, hoy consagrado, no oírán sino tardamente la palabra de estímulo, cuyo precio es con harta frecuencia la adulación. Las redacciones de las pocas revistas que pagan, el lujoso despacho del "dilettante" que influye, la inevitable oficina pública donde trabaja un "miembro del jurado", son puestos de feria para efectuar a veces pingües transacciones...

Entre esta turba de literatoides, forma cantón aparte un grupo exíguo de escritores conscientes. Como la estrecha solidaridad que los une no es de mesa de café, cenáculo ni encuentro fortuito, sino que está basada en la firme convicción de cada uno, constituyen una fuerza eficiente. Y a pesar de todo, del inaccesible director de revista, del editor que teme arriesgarse, y del propio miembro de jurado, clásicamente comprometido, ese grupo se coloca en primera línea. La izquierda literaria es, pues, un bloque orgánico con dirección fija, lo cual no es sectarismo como infieren los "otros". Dentro de su tendencia, la personalidad de cada escritor tiene ancho margen para traducirse sin restricción ni traba alguna. El lazo más importante que los une consolida esta independencia espiritual. Síguese de aquí que no es la izquierda literaria un movimiento surgido en torno a uno o varios nombres que gozan hoy de algún prestigio, v. gr., el "caso Ramón". Castelnuovo, Yunque y Mariani, aunque en diversos planos, confluyen en virtud del fondo que anima su obra y no porque se lo hayan propuesto a priori. Entre ellos y los demás que forman ese núcleo, media una común concepción del arte, técnicamente moderna, pero concreta, esto es, humana. La poesía, el cuento y la novela así entendidos, interpretando siempre al hombre en su vida espiritual, múltiple y compleja, no se adaptan al gusto de un pequeño círculo, sino que cumplen la suma finalidad del arte: ser asequibles a todos. No importa que escape a muchos el lado formal, el procedimiento que sigue el narrador, hábil para infundir vivo interés dramático; los recursos del buen novelista o la virtud suprema

del poeta que acuña su emoción en sugerente ritmo y bellas imágenes: aspecto al cual se le rinde hoy exagerado culto. El menos sagaz, si quiera en un punto tiene que identificarse, hacerse eco al fin de la simpatía humana que oculta toda obra de arte. Gracias a ella verá más claro en su espíritu, la prolija disección hecha por el genuino psicólogo en un relato novelesco, le revelará el fondo de sus propias sensaciones y notará de súbito desplazarse su conciencia, henchida de inefable goce, merced al sentimiento poético. Por más búsquedas que se lleven a cabo para hallar nuevos temas, el examen introspectivo será siempre el centro de atracción. Remota ya la crisis positivista cuyo ciclo más difícil marca la novela experimental, los esfuerzos más tenaces únense en un rumbo: percibir sutilmente las potencias del alma, sorprender ese maravilloso laboratorio en plena función. La faz social que trae aparejada esta literatura no es sino su corolario lógico. El hombre lucha, sufre, persevera, se abate o logra el triunfo, entre obstáculos sin cuento, propios de la sociedad en que vive. Los dioses que antes descargaban inexorablemente su ira, según versiones que nos quedan de Sófocles y Esquilo, no se inmiscuyen más en cosas terrenas. En nuestros tiempos, los hombres mismos se encargan de reemplazarlos, haciendo a su vez de jueces. Y en elogio de su imitación impecable, justo es decir que si la voluntad divina era sañuda, la que éstos despliegan no le va en zaga. Ciertamente, están posesionados del papel. Mejor que el Padre Zeus, cualquier hijo de vecino pone a contribución todas sus luces, para destruir la efímera dicha de su prójimo, mediante un sistema inédito de tortura. Si asume principal importancia apurar cuanto es posible el análisis psicológico, poniendo de relieve el tumultuoso flujo de sensaciones, es imprescindible asimismo hacer alusión al medio, cuya influencia es directa. Ese alcance o proyección social debe aparecer en la obra, sabiamente fundido, si el novelista quiere hacernos convivir con sus personajes. Esto por lo que toca al género novelesco en especial. Por extensión, la izquierda literaria comprende fundamentalmente esa parte social, pues habiendo surgido del pueblo, debe recoger por fuerza sus inquietudes. No se crea que esa asección restringe en modo alguno la libertad que el arte reclama; por el contrario, aumenta el número de sugerencias fecundas.

En cuanto a la "vanguardia" literaria no hay mucho que decir, no precisamente porque sus teóricos agotaran el tema, sino porque reviste escaso interés. Travesura aparte, no queda más que la intención y algunas imágenes logradas. El resto son puros ademanes sin resolverse aún. Su fórmula podría enunciarse así: comen zón por lo pintoresco y un desarrollado sentido de la "fumisterie". Como ocurre con los negocios de barrio, abrieron su tienda para competir valiéndose de recursos cuya ineficacia está a la vista. Porque es preciso advertir que su total desmembramiento no tardará en consumarse. Algunos que llevados por su curiosidad acudieron al primer instante, hoy deploran su empuje intelectualista. Otros, presa de indeci-

sión, temen que sea muy visible el contraste y siguen en "fauves", pero exentos de su antiguo afán iconoclasta, como gallos de riña desprovistos de púas. Finalmente, hay quienes encienden una vela a Jean Cocteau y otra a Rubén Darío, culto dúplice y ambiguo...

Bien está que las nuevas formas poéticas se cultiven aquí y se perfeccionen, si cabe. La amplitud de criterio es siempre digna de encomio y sería a todas luces injusto rechazar en bloque esa tendencia, tomando a algunos adeptos por índice. Lo que traduce el buen humor que los guía, es la proyección enorme que a su juicio tiene esa corriente. Sin embargo nada más unilateral que el arte de "vanguardia", hermético por excelencia. Faltos de grandes perspectivas, sus cultores cuentan sólo con una reducida serie de combinaciones y al igual de ciertas plantas de invernadero, se amustian al aire libre. Un creacionista no distingue el campo auténtico del pasaje que finge un telón de fondo. Su clima original es la ciudad cuyo horizonte son los grupos de casas más altas.

Izquierda y vanguardia no son conceptos opuestos que equivalgan en importancia. Aquél resume una actitud de espíritu, integral y orgánica. El fermento no-conformista típico de la izquierda prueba su incesante evolución, su vital desarrollo. El artista que lleva adentro esa inquietud, siente zumbir la vida en todas sus formas, invadir sus sentidos por todo lo que palpita cerca de él. No ve el mundo como un espectáculo que distrae a veces, sino que escruta el vértigo de pasiones que sacude intensamente la conciencia. El sentimiento popular tiene su expresión más honda en la izquierda literaria. Los que forman la llamada "vanguardia", ven mundanamente la vida a través de un monóculo, y es claro que así la versión que luego nos ofrecen peca de convencional y hasta arbitraria. Su único afán consiste en aprehender lo frívolo, la pompa de jabón que dura un instante, lo que flota en la superficie. Su sensibilidad tan decantada, carece de volumen; posee una sola faz. En cambio de una obra, síntesis de su nueva creación estética, el núcleo vanguardista da a luz, uno tras otros, recetarios y abundantes exposiciones teóricas: sin duda es toda su originalidad...

No hay, pues, paralelo posible entre la izquierda y la vanguardia. Aquella es una aspiración universal, amplia, más allá de toda retórica; ésta, fuera del nombre, es un entretenimiento. Y el nombre les va holgado. ¿Vanguardia? Verdad que allí milita la legión de poetas "imaginíficos"...

LUIS EMILIO SOTO.

Todos los literatos cuya desocupación o haraganería no tiene como exteriorizarse, se reúnen en esas tenerías o cortiembres nocturnas, llamadas «peñas», donde se onanizan recíprocamente en copiosas veladas de bombo mutuo. Es un procedimiento infalible para combatir las hemorroides.

En «Los Pensadores» colabora todo aquel que tiene algo que decir. Para las cacatúas, Buenos Aires es pródigo en publicaciones donde pueden desahogarse a satisfacción. ¡Poetucos a la marcha, no abusen de nuestra paciencia!

IZQUIERDISMO CON POLAINAS

Es muy curioso el concepto que tienen de la revolución ciertos elementos calificados de la izquierda. Por ejemplo, los socialistas, aquí, de una teoría primitivamente revolucionaria han hecho una plataforma política de amansamiento popular. El partido más pacífico de la república es el partido socialista. Los socialistas nos han cogido a Marx por las barbas y se las han afeitado, primero. Le han lavado el cuello, le cortaron la melena, le compraron una casa de siete pisos, un automóvil y lo mandan ahora todos los días al congreso o al senado. Claro está: el señor Marx con semejante programa de trabajo cada día cría más grasa y se hace más pacífico. Vuelta a vuelta rectifica sus opiniones anteriores por aquello de que un hombre bien alimentado no puede opinar como un hombre mal alimentado, según la premisa del materialismo histórico. El socialismo, que nació en el conventillo, ahora vive espléndidamente en la calle Florida.

No podemos entender nosotros ese revolucionarismo con polainas y automóvil de cierta gente que, a decir verdad, merece ser revolucionada. Hay hombres que quieren llevar la revolución a otros hombres, los cuales por sus costumbres, el día que estalle la revolución, serán los primeros en recibir la revolución por la cabeza. Ocurre casi siempre que a los que toma más de sorpresa una revolución, es a los llamados revolucionarios con polainas. Como si aquí hubiese pocos revolucionarios con polainas ahora, con la tiranía de las repúblicas vecinas, nos han llovido, deportados, toda una señora hornada, joven ella, atildada y distinta. Hay el tipo de revolucionario brasileño que usa media docena de apellidos, todos ellos de cierto abolengo. Viene él con tamaño sombrero, tamaño melena, corbata tamaño y un discurso tamaño. Vale decir: chambergudo, corbatado, melenudo, etc. (Parece ser que la revolución brasileña ha revolucionado la indumentaria). Posee él una verborrea peligrosa. Su boca es una ametralladora de largas palabras. El revolucionario peruano, en este renglón le mata el punto. Hemos oído a un estudiante deportado que habló dos horas para decir que en el Perú había un tirano. No habremos de las otras repúblicas donde el sol de los trópicos les abrasa la imaginación a los revolucionarios y a los que no lo son. Anda por acá un revolucionario brasileño que además de sus nombres y apellidos y sus títulos universitarios se firma: "Tribuno y revolucionario brasileño desterrado por Bernardes". Estos revolucionarios colaboran todos (con fotografía) en "Redención", "periódico de la nueva generación de América". En un número que tenemos a la vista aparece la fotografía del "tribuno" de marras, gran chambergo, gran melena, gran corbata, saco última moda, con pañuelito a la vista — falta la flor en el ojal — afeitadito, sonriente, etc., con un panegirico al pie que dice, entre otras lindezas, lo siguiente: "Por la fotografía que con una satisfacción indiscutible y un razonable placer insertamos en nuestras columnas, podrá apreciar el lector que hasta físicamente el doctor (aquí todos los títulos y apellidos) es simpático y encarna, poseionado de la majestuosa escuela izquierdista, una concepción almibarada de visionario supremo."

JOSÉ GIMÉNEZ

“ALMAFUERTE”

UN CUENTO SOBRE LA VIDA MILITAR

POR

ABEL RODRIGUEZ

El batallón ahora, envuelto por una nube de polvo, subía penosamente la cuesta. Subía como una mole pesada y gris.

El buque que nos condujo a la isla quedó amarrado en el muelle. Allí, momentos antes recibimos los bultos que nos arrojaron de abordó. Permanecemos luego un rato apiñados, apretándonos unos contra otros en el más completo desorden.

Se oía la voz de un oficial que gritaba insistentemente.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Luego, otro repetía la orden y todos los gritos juntos nos producía el efecto de una picana que nos pinchase el cuerpo. Y nos apretábamos más. Cada vez más, sin sentir repugnancia por el tufo que se desprendía de nuestros cuerpos sudorosos. El sargento encargado de la custodia de la tropa, empezó a nombrarnos. Nosotros, fatigados, contestábamos sin ganas, arrastrando la voz.

—¡Más vivo! ¡Más vivo! — gritaba el oficial —. El presente se responde con energía ¿Entienden?

La voz ruda del oficial nos sacudía. La masa de hombres tenía una leve ondulación y los que estaban apoyados sobre la baranda del muelle trataban de incorporarse respondiendo al llamado con voz breve y fuerte.

Pero, a los pocos minutos, la fatiga se apoderaba nuevamente de nosotros y volvíamos a aflojarnos como pingajos.

De pronto una voz áspera nos sobresaltó.

—¡Eh! ¡Bestia! ¡Nandú! ¿Pa dónde vas?

Los insultos se dirigían contra un soldado, quien desprendiéndose del grupo, marchaba tranquilamente hacia la orilla del río. Cuando el oficial le dió alcance, tomándolo por un brazo lo zamarreó y lo hizo girar violentamente.

—¿No oiste, animal?

—Sí — replicó él tranquilamente.

—¿Y por qué seguías, entonces?

—Quería pasear — respondió con simplicidad infantil dirigiendo la mirada hacia la clara superficie del río.

—¡Caminá! ¡Caminá! — ordenaba el oficial empujándolo. — Aquí ya no sos civil. ¿Entendés? y tenés que hacer lo que te manden. Sabelo de una vez por todas, y a empujones lo reintegró al grupo.

Un murmullo de desaprobación se notó entre los soldados; pero la orden desconcertante y agresiva de «¡silencio! ¡silencio!», bastó para enmudecernos. Cuando el hombre vejado se mezcló con nosotros, le contemplamos con fría actitud.

Ese muchacho me había llamado la atención desde que lo vi. Me interesó. Traté de observar sus menores movimientos; pero me pareció tan disparatado todo lo que hacía que concluí por creer que se trataba de un verdadero idiota. Era alto,

flaco, de andar pausado; sus largos brazos pendían como desmayados. Sus pómulos puntiagudos le daban al rostro una expresión de fiera que hubiera infundido temor, a no ser por la clara infantilidad que brillaba en sus pupilas. Cuando se le llamaba, alzaba lentamente los párpados, fijaba un instante la mirada y luego la desviaba hacia un objeto cualquiera. En ocasiones, sobre todo cuando alguien le dirigía alguna broma, quedaba sumido en una especie de estupidez morbosa indefinible. Daban ganas de sacudirlo.

Desde que llegó, sin saber por qué se le había apodado «Almafuerte» y durante el trayecto no se le llamó de otra manera. Antes de partir del puerto de Buenos Aires, ni bien había zarpado el buque, él arrojó al agua el cos y demás utensilios que le dieran para su uso particular. Este hecho produjo en nosotros un escandaloso revuelo. Su audacia nos alarmó. Inmediatamente el comandante de la nave lo llamó y le preguntó por qué había hecho eso. El respondió sin afectación:

—Porque me molestaba.

Se le amonestó severamente.

Ahora la columna marchaba por una playa de arena recalentada que crujía bajo nuestros pies. El sol caía a pico sobre nosotros. Los soldados se torcían más y más, dando la sensación de que quisiesen tumbarse en aquel lecho amarillento y hostil.

Algo inesperado detuvo bruscamente la marcha del batallón. Desde una avenida hizo irrupción una cabalgata formada por un grupo de alegres mujeres en compañía de dos militares.

Iban arrogantemente montadas y luciendo trajes oscuros de amazonas. La repentina aparición del grupo produjo en nosotros un estremecimiento; haciendo un penoso esfuerzo nos erguimos y, por primera vez, desde que salimos del muelle, alzamos la vista al frente. La voz de mando de los oficiales, tuvo un acento varonil y franco. Cuando de nuevo se ordenó la marcha, desfilaron ante ellas tratando de andar lo más correctamente posible.

Los comentarios caían sobre nuestras espaldas como latigazos. Bien claro oí decir a una rubia de porte airoso que acariciaba el pescuezo del caballo con su mano enfundada en un guante gris: — Todos son iguales... No hay ni uno lindo. Si parecen presidiarios...

En ese preciso instante, ocurrió algo inaudito «Almafuerte» había salido de la fila y parándose frente a una de ellas empezó a mirar burlescamente:

Hubo dos o tres gritos; los caballos se encabritaron y la fusta de uno de los oficiales cayó sobre la cabeza del muchacho. También un sargento le aplicó una cachetada en el rostro.

La columna de soldados vaciló; la marcha se hizo más lenta, como si nos hubiesen golpeado a

todos y, mientras se daban explicaciones, sentíamos que nos perseguían las cristalinas carcajadas de las mujeres que comentaban, sin duda, la ocurrencia del loco.

Entramos por fin a un galpón sombrío. La mayor parte de los soldados se sentían oprimidos por un miedo y una vergüenza de grey. Por mi parte, tenía curiosidad por saber en qué estado de ánimo había quedado «Almafuerte», y al encontrarle extrañamos verlo pasear con la mayor tranquilidad por la galería del galpón.

—¿Por qué hizo eso? — le interrogué.

Pero él me miró con dulzura, sin responder a mi pregunta.

Y yo, por captarme su simpatía, agregué:

—¿Sabe? Aquí hay que aguantar la mecha, sino lo van a matar.

Se detuvo bruscamente frunciendo el ceño. Luego me dijo con dureza:

—Y a usted... ¿Qué le importa?

Y siguió imperturbable su paseo.

En la academia, el tiempo nos parecía interminable. Sentados en largos bancos debíamos escuchar durante horas y horas, la lección del sargento que nos la repetía todas las tardes, con idénticas palabras, sin variante de ninguna clase y acompañándose con los mismos gestos torpes. Había adquirido una precisión cronométrica y nosotros anticipadamente sabíamos lo que nos iba a decir. A tal párrafo correspondía tal ademán, sonido de voz diferente, manera de mirar distinta. Yo que lo había observado durante los primeros días pude comprobar que jamás cambió una sola sílaba. Se diría que se empeñaba en que comprendiéramos los menores detalles del código, artículo por artículo, palabra por palabra, y cuando leía la parte correspondiente a las penalidades, su voz se tornaba dura y lenta. Al terminar nos miraba de soslayo y, finalmente, nos interrogaba con brusquedad:

—¿Han comprendido?

La pregunta nos sacudía y respondíamos automáticamente:

—Sí, mi sargento!

Pero él no se sentía satisfecho; evidentemente la respuesta no era de su agrado o, tal vez, tendría el presentimiento de que nosotros, bestializados por el cansancio, no le hacíamos caso. Entonces cerraba el libro y nos decía tratando de dar a su palabra una entonación paternal:

—Soldados... Es necesario... — tosía buscando la hilación del discurso, y paseaba frente a nosotros complaciéndose con el ruido que hacían sus botas relucientes. Y mientras nos daba una larga explicación sobre los deberes del soldado, contemplábamos un trozo de selva que se dejaba ver por el portón abierto, desde el cual nos llegaba de vez en cuando ráfagas de aire caliente, y, sin pensar en nada, distraímos la mirada por el fragmento ondulado del bosque, cuyo perfil se hallaba marcado por un cielo luminoso y profundo.

Aquella tarde «Almafuerte», que estaba sentado detrás mío, prestaba a las palabras del instructor toda su atención, cosa rara vista en él. Diríase que tratase de aprender de memoria lo que iba escuchando y hasta cuando el brusco «¿Han comprendido», nos sorprendía, él parecía asentir con un leve movimiento de cabeza.

—La patria está por sobre todas las cosas — explicaba el sargento. — Es necesario... que

comprendan esto... Todo sacrificio sería poco para defenderla... Madre, hermanos, padres...

—¿Y hasta Dios? — interrogó «Almafuerte».

El sargentino que durante toda su vida de militar era la primera vez quizá que había sido interrogado por un soldado, se detuvo sorprendido y clavó su mirada en el pobre muchacho como si quisiera fulminarlo.

—Pedazo de... Pero comprendiendo que se trataba de un anormal y, sin duda, para darnos un ejemplo de tolerancia, suavizó su gesto y su palabra. — Sí soldado, hasta Dios.

—¿Por qué? — interrogó «Almafuerte».

El sargento no esperaba esa nueva pregunta y se vió en apuros para responder. Inició frente al grupo un paseo precipitado, tosiendo y demostrando en sus menores gestos cierta rabia sorda y mal contenida. En la masa de hombres reinaba una intensa expectativa.

—En la vida militar hay que obedecer. ¡Nada más! — su voz era ahora cortante y brusca. — ¡Obedecer y obedecer! ¿Han comprendido? La pregunta de ese soldado si no se tratase de un pobre loco implicaría una manifiesta rebeldía. Es necesario... Es necesario... sacrificar todo... ¡todo!... en... aras de la patria. ¿Entienden?

—Pero, ¿por qué? — insistió «Almafuerte».

¡Bruto! ¡Bestia! ¡Hijo de yegua! — gritó fuera de sí el sargento. — Salí al frente! ¡Rápido! ¡Yo te voy a dar hacerte el idiota!

«Almafuerte» se levantó con lentitud y se colocó frente al sargento. Este empezó a mirarlo y luego lo increpó:

—Decime vos... ¿Qué animal te ha parido?

—Una mujer — repuso sonriente.

—Pero, hijo de... ¡Ya me tenés cansao! ¿Decí; te has caído del nido o te hacés el opa para pararlo bien?

Esta vez, «Almafuerte», en lugar de responder tornó a sonreír con la mayor soltura. Semejante actitud colmó la furia del sargento que se avalanzó dispuesto a pegarle, pero en ese momento entraron al cuartel dos oficiales.

—¡Firmes! — gritó el sargento y todos nos erguimos automáticamente.

Uno de los oficiales se dirigió a nosotros y propuso:

—¡A ver! Dos voluntarios que quieran ir al Lazareto.

Este ofrecimiento produjo en la fila de soldados un escalofrío, pues sabíamos que la fiebre tifoidea estaba diezmando los batallones y que en el Lazareto había dos moribundos.

El otro oficial explicó:

—Se trata de ir en ayuda de sus propios compañeros.

—Yo iré — dijo «Almafuerte».

Faltaba uno y nadie se atrevía. El sargento se encoró.

—¿Y el otro voluntario? ¡A ver si habrá que llevarlos a todos a la fuerza!

«Almafuerte» no dejaba de mirarme como instándome a que aceptara y yo, luego de sostener una lucha interior, lleno de cobardía y de espanto, exclamé como un vencido:

—Yo también...

Cuando veníamos de afuera y entrábamos en aquel barracón, era tanta la obscuridad que al andar tropezábamos unos contra otros. Distinguíamos primero una masa gris que se movía a inter-

valos: eran los enfermos atacados de paperas y, luego a medida que se despejaban las sombras, notábamos por los corredores estrechos el lento paseo de los convalecientes. De vez en cuando, los enfermeros cruzaban fugazmente por todos los rincones del edificio.

Pesado el silencio, como la atmósfera que se respiraba, se interrumpía por el quejido que lanzaban algunos enfermos. El contraste entre la claridad del bosque, de donde llegábamos con los cubos repletos de agua, y aquel agujero hediondo no podía ser más brutal, y sentíamos que, materialmente, un tufo descompuesto se nos pegaba al cuerpo, raspaba la garganta, adheríase a las manos, siendo tan persistente esta sensación que hasta los mismos alimentos que ingeríamos adquirirían un gusto singular.

Las moscas agresivas y tercas zumbaban sobre el rostro de los enfermos, quienes trataban en vano de ahuyentarlas; algunos de estos resolvían el asunto sumergiendo la cabeza entre las sábanas mugrientas, dando así la sensación de cadáveres puestos en el anfiteatro de una morgue para ser descuartizados.

A «Almafuerte» se le había destinado a la sección de los atacados de fiebre tifoidea. Estos enfermos se hallaban en un compartimento larguísimo que recibía la luz desde una claraboya empotrada en el techo. En las camas alineadas los hombres consumidos por la fiebre, agonizaban gesticulando y diciendo los disparates más absurdos. Las cabezas espectrales se bamboleaban por la almohada como si quisiesen desprenderse del cuello que las sujetaba.

«Almafuerte» cumplía las indicaciones del médico y trataba de multiplicar sus acciones, a fin de atender el pedido de los enfermos. Entre éstos había quienes suplicaban desfalleciendo; en cambio la mayoría unía al pedido los más denigrantes insultos.

— ¡Che, hijo de perra! — vociferaba uno. — ¡Por qué me ponés la pala sobre el estómago? ¡Sacala te digo! ¡Me querés matar, bestia!

Silenciosamente, «Almafuerte» se acercaba a la cama y lo desembarazaba de las cobijas, luego le limpiaba el sudor del rostro y le daba vuelta a la almohada para que el paciente pudiese percibir una ligera sensación de frescura.

— ¡Qué sol, mama mía! ¡Quema! ¡Quema! — clamaba otro enfermo. ¡Agua, vieja!... ¡Que la saquen del pozo, porque la del balde está muy caliente. Pero reconociendo a su enfermero, gritaba: — ¡Eh, idiota, trae agua fría!

«Almafuerte», siempre solícito, acudía con presteza, rodeaba el cuello del enfermo con su brazo y lo inclinaba dándole de beber.

— ¡Un beso!... ¡Un beso!... — solicitaba otro sonriendo ante quien sabe qué juveniles recuerdos — y, «Almafuerte», serenamente, sin la más leve contracción de los músculos, ponía su boca ante los labios llagados que se le ofrecían.

Uno de los enfermos había fallecido aquella mañana. «Almafuerte» le sacó del lecho con toda precaución, para que no se diesen cuenta los demás; lo puso contra su pecho de la misma manera que se toma un niño y lo transportó hasta la morgue del Lazareto.

Al día siguiente se dió sepultura al soldado muerto en la sección a cargo de «Almafuerte». Se nos había hecho alinear frente al galpón; vestidos de gala rendíamos los honores. Cuando apare-

ció el cajón fúnebre, se tocó un redoble de tambor y la columna se puso en marcha.

Nada tenía aquello de dramático. Los soldados con sus vestuarios blanquísimos; la onda destellante que jugaba entre el acero de las bayonetas los oficiales entorchados de oro y hasta el mismo cajón de pino que se balanceaba allá en la cabeza de la columna presentaba un conjunto tan pintoresco que nuestros corazones se inundaban de alegría.

— ¡Torrón!... ¡ron!... Torrón!... ¡ron!...

Doblaba el tambor y la selva devolvía el eco, con un sonido más profundo, que se marcó siniestramente cuando nos internamos en la penumbra del bosque. Aquí la columna de soldados se desarticuló, pues continuamente se veía detenida por los obstáculos que a cada paso ofrecía la selva. El cajón rozaba los árboles y las ramas lo arañaban como si quisieran apresarlos.

El foso ya estaba abierto; era estrecho y hondo. Los cuatro soldados depositaron el féretro al margen del agujero, lanzando un suspiro de alivio. Nos alineamos frente a la sepultura y un oficial cuadrándose militarmente, pronunció un discurso en el que se refería a las virtudes del ciudadano que sirve a la patria; a los deberes para con ella y de la gratitud que tendrá el país para los que se sacrifican por el engrandecimiento de su porvenir.

Todos nosotros simulábamos hallarnos profundamente apenados; en cambio noté que por los labios de «Almafuerte» vagaba una sonrisa burlesca y cruel.

«Almafuerte» terminada su misión en el lazareto, habíase reintegrado a la vida del cuartel. Su estado era deplorable; estaba más pálido y más delgado y sus pómulos se habían afilado a tal extremo que parecía que iban a romper la piel, siendo tanta la magrura de sus piernas que flotaban dentro del pantalón con rigidez de títere. Reconcentrado y sombrío se paseaba de uno a otro extremo del galpón, sin importarle de nada y sin hacer caso de nadie.

Uno de nosotros, con el evidente propósito de sacarlo de ese mutismo, le hizo una broma bastante cruel. Se colocó detrás de él e imitando el parche fúnebre del tambor, la seguía marcando a compás con voz cavernosa:

— ¡Torrón!... ¡Toon!... Torrón!... ¡Toon!... ¡Toon!...

Semejante ocurrencia fué recibida a carcajadas, pues esa crueldad aligeraba nuestro fastidio y nos hacía olvidar la restricción que sufríamos. Inmediatamente otro soldado se encaramó sobre un banco, y tratando de imitar la voz de un oficial, cuya especialización eran las oraciones fúnebres, pronunció un discurso disparatado.

— ¡Soldados! — gritaba como un energúmeno «Almafuerte ha muerto! ¡Pobre! ¡Ha muerto!... ¡Soldados!... ¡Ya es cadáver! ¡Ya no vive! ¡Contemplemos sus despojos! ¡Ha servido a la patria como un verdadero hombre! ¡Lloremos sobre su tumba!...

«Almafuerte» continuaba impertérrito su paso. Únicamente de vez en cuando se detenía breves instantes para mirar al grupo con fría curiosidad, y luego, proseguía la marcha. Esa indiferencia nos irritó a tal punto que consideramos como una especie de insulto la impasibilidad demostrada por el ofendido, y pronto una migaja de pan hecha

una pelotilla le castigó en el rostro; a ese proyectil le sucedió otro y otro hasta que un zapato le pegó en el cráneo y le hizo rodar por tierra. El trató de incorporarse penosamente; pero su esfuerzo fué tan grotesco que estalamos en un coro de brutales carcajadas.

Un sargento que desde lejos había presenciado la escena, inmediatamente se acercó al grupo de soldados y cogiendo al que arrojara el zapato le sacó a empujones. Luego desfundando el sable empezó a castigarlo. Sucedió entonces algo inesperado; algo que nos hizo sangrar el corazón y cuyo recuerdo nos lastimó por mucho tiempo... «Almafuerter», ya repuesto del golpe, se interpuso entre el soldado y el sargento y tomando a este último por el brazo que esgrimía el arma lo sacudió haciéndole retroceder. Ciego por la ira el sargento intentó volver a la carga; pero «Almafuerter», con una agilidad y una fuerza de la que no le creíamos capaz, le trabó el sable impidiéndole todo movimiento.

—¡Perro! ¡Hijo de yegua! ¡Ahora la paliza te la vas a llevar vos!—clamó el sargento y a una orden dos soldados se precipitaron sobre «Almafuerter», y le aferraron los brazos, mientras el sargento descargaba golpes tremendos sobre la espalda del infeliz.

Y ese mismo día ocurrió lo que nadie podría sospechar. Al pasarse lista mayor «Almafuerter» no se hallaba en el batallón. La noticia cundió rápidamente por todo el cuartel; se le buscó por las inmediaciones y no pudo darse con él. Varios soldados se internaron en el bosque dando gritos; pero como ya cerraba la noche la búsqueda infructuosa y a nuestro llamado sólo respondía un eco doliente y lejano.

—¡Qué lo!... ¡El trabajo que da ese loco de porquería — dijo uno y regresamos al cuartel sin tener noticias del desaparecido.

Pero a la mañana siguiente, cuando el sol glizaba su luz pálida a ras de los troncos del bosque, encontramos el cadáver de «Almafuerter» que se balanceaba colgado de un árbol, en cuyo tronco había grabado estas palabras: OFENDIDO.

Las letras estaban profundamente marcadas, separadas una de otras e incrustadas hasta descubrir los filamentos amarillos que protegen la savia; escribió aquello como cuando hablaba: espaciando las sílabas y acentuando el sonido agresivamente.

Abel Rodríguez.

EL TANGO-CANCION

Una de las tantas cosas de que tenemos que avergonzarnos es de nuestra música y de nuestras canciones.

Lo que aquí se ha dado en llamar *tango-canción* es una muestra palpable de la pobreza mental y sentimental de los que hacen la música para el pueblo.

Empieza por distinguirse esta música por su ritmo monótono, por su falta de matices y de vivacidad y por su pobreza expresiva. Es una música compuesta en casi todos los casos de mugidos de vaca de matadero y de lamentaciones estúpidas. Si la sensiblería ha puesto su melaza en casi todas las ramas del arte, indudablemente que

en la música se ha desbordado causando estragos. Los más discretos de estos autores de música para el pueblo, son muy malos. Hay que decirlo sin ambages, pese a la simpatía que algunos de ellos despiertan.

Y para que no se nos tache de injustos, ni de erizos, vamos a traer a colación el caso concreto.

Juan de Dios Filiberto ha compuesto una pieza titulada *Langosta*, que tiene su buena fama. La música parece inspirada en el ruido de un par muletas; la letra... la letra... juzgue el lector:

Una noche muy cruda de invierno
A Langosta lo vieron pasar
Con un traje marrón entallado
Y una vaga tristeza al mirar...
Con el pucho apagado en la boca
Recostóse en la esquina a pensar
¡En quién sabe qué cosa tan loca
Que a veces los chicos lo vieron llorar!

Claro está que si esto es lo mejor de lo mejor del tango-canción lo restante es una porquería.

Por ahí anda de boca en boca una canción del hijo del dramaturgo de tesis que es el señor González Castillo, que dice, entre otras cosas interesantes, que el rengó de su *Organito de la tarde*, «Con la dura pata de palo, marca del tango el compás».

Seguramente que el señor González Castillo (hijo), flamante cantor popular, no ha consultado el caso con su padre. Y admitiendo la posibilidad de que su padre lo haya asesorado, se deduce que ni el señor González Castillo, ni su hijo, han sufrido la más leve renga en momento alguno de sus vidas. Si el señor González Castillo (hijo), tuviera la ocurrencia de valerse de una pata de palo, siquiera para certificar lo que decimos, vería, no sin gran asombro, que es imposible físicamente, marcar ningún compás con una pata postiza. Tampoco ha pensado el cantor en las pobrecitas baldosas que de nada se resquebrajan.

Luego, para que la canción cobre un interés dramático, siguiendo las huellas del dramaturgo de tesis que es su padre, dice el señor Castillo (hijo), que el rengó de su *Organito de la tarde*, tenía una novia en el barrio y que en sus buenos tiempos había sido rey del tango. Pero un día llegó un forastero y... (aquí ocurre algo espeluznante):

«Compañera y pierna le quitó».

Decididamente los métodos combativos del suburbio evolucionan. Antiguamente, cuando cantaba Gabino Ezeiza, los malevos se daban de puñaladas, se obsequiaban con confites de plomo o se propinaban sendos cachiporrazos.

Ahora, en una pelea de esas que ocurren a la salida del Lago di Como o de cualquier otro lugar de sano esparcimiento, según el hijo de González Castillo, uno se lleva la pierna del contrario como quien se lleva un mechón de pelos...

Bueno; terminemos. El señor González Castillo tiene en su haber más de un pecado; pero acaso el más horrendo es este de no haber acudido a tiempo para la salvación de su hijo, en bien de la salud pública.

Porque si hay crimen imperdonable — y esto para todos — es el de poner en boca de la gente humilde estas inmundicias literarias, que la gente rica paga para sus orquestas, sus fonógrafos y sus pianolas.

LEO BARES.

IMPERIALISMO GAUCHO

En una conferencia leída con voz sonora — como golpes sobre metal — Pablo Rojas Paz insinuaba la posibilidad — por ahora nada más que teórica — de un imperialismo argentino, principalmente sobre Bolivia. No recuerdo ahora con precisión la forma textual en que el robusto orador encerraba tan ambiciosos deseos individuales, pero la idea fundamental es la que dejo expuesta.

No es una agresión contra Rojas Paz afirmar que ha sufrido, sin resistirle, la influencia de Leopoldo Lugones — que a su vez tampoco cita nunca a Federico Nietzsche ni el aristocratismo de Hobbes.

La conveniencia, o la necesidad, de que Argentina administre Bolivia fué insinuada o afirmada incidentalmente, de modo que las serias y ponderadas razones que justificarían tan insólita conducta nacional, “brillaron por su ausencia”, como dirían con mucho regocijo los diputados y los periodistas. ¿Cómo destruir razonamientos ausentes? Porque la forma más elemental de la réplica es eslabonar y emparejar las razones de uno y de otro y, con cierta picardía y malicia, obscurecer las ajenas y vivificar las propias. Hubiera sido interesante oír una grave y meditada serie de razones imperialistas de labios de un hombre joven — que estuvo embanderado en la “vanguardia” literaria porteña—; hubiera sido interesante oírle y advertir la forma criolla o gaucha de las mismísimas ideas o hambres que empujaron al “Azote de Dios” contra Roma, a los negociantes ingleses contra todo rincón débil de la tierra (ahora quieren el petróleo de Mosul), a Yankilandia contra las pobres repúblicas centro-americanas, a España contra Marruecos (a ésta el tiro le salió por la culata), a Italia contra Abisinia (aquí también las cosas fueron ásperas)

A nosotros no se nos escapan las razones de todo orden que sustentan las teorías coloniales e imperialistas. Precisamente nuestra posición sociológica o política nos obliga a ver este problema y a meditar sobre él. No podemos desconocer que algunas de estas razones son muy serias. Personalmente, yo mismo alguna vez he sufrido la necesidad violenta, irreprimible, de enlazar a un sucio peón y arrojarlo a un cuarto de baño. Individuos y colectividades han de reprimir estos impulsos, en homenaje a la libertad de cada uno; pues así como el peón me violenta a mí con su mugre, posiblemente yo violento con mi ignorancia a Kant y a Einstein. ¿Por qué Einstein ha de imponerme a mí la dedicación de mi vida total y absoluta a las matemáticas superiores, si yo amo más caminar con mis sueños por esas calles de Dios, y fumar mi cigarrillo, y crear un personaje en un cuento? Ni aún aceptando en la nación invasora y prepotente una civilización superior, podemos acordarle el derecho de torcer la vida de otro pueblo. Insisto en que yo, infinitamente más ignorante que Einstein, no acepto el hipotético suceso de que él con sus ideas y sentimientos gobierne mi conducta y mi conciencia. He buscado

el ejemplo más honesto, pues si quisiera hacer argumentos efectistas, en vez de elegir a Einstein — intelectual — elegiría a una potencia económica: Rockefeller, o Pedro Vasena, o Benito Villanueva. Es el caso de Norte América, país rico y metalizado; o mejor, de Inglaterra, pueblo del “time is money”, queriendo imponer su “civilización” sobre la India, pueblo de vida interior acaso más intensa. Empeñado yo en reducir este tema al solo problema espiritual, de propósito no busco argumentos financieros o económicos o... mercantiles. (Doy por sentado que, a menos de ser un ingenuo o un imbécil, todos sabemos que España fué a Marruecos por las minas, e Inglaterra quiere Mosul por el petróleo; esto constituye la verdad verdadera; lo de “civilizar” es una sencilla mentira; es un homenaje a la virtud).

Para obtener los resultados económicos que se prometían al invadir, los invasores deben necesariamente violentar la costumbre, la religión, la psicología de los pueblos invadidos. Reconocemos que, porque sí, caprichosamente, no fusilan los franceses a los drusos (parece que el general Sarrail, héroe de la guerra europea, los ahorca). Si los ahorca, es porque se oponen a “dejarse civilizar”. La horca es una medida extrema; Sarrail, sólo forzado por las circunstancias ahorca a los sirios. Como se ve, no es precisamente civilización eso. La llegada de un acorazado imperialista a cualquier punto débil de Asia o Africa, no constituye precisamente un espectáculo promisor de felicidades incontables por su número y su intensidad. Al contrario: anuncia muerte y trabajo — de los invadidos, claro está. Anuncia la muerte de los negros que no quieren trabajar para los europeos, y anuncia un bárbaro trabajo intenso y mal remunerado a los negros que no quieren morir. Reconozcamos que antes de la llegada del acorazado, no la pasaban mal los negros, con sus largas siestas bajo el oro del sol, con sus danzas sensuales — como las describe René Maran — con sus ridículas asambleas alrededor de una fogata, con sus cuerpos desnudos o llenos de plumas y colores. Vivían sus vidas, resueltas sus necesidades primordiales: comer, dormir, procrear. Llega el acorazado; ahora se acabó la paz de los pobres negros. Léase, como diversión, el libro “Corazón de tinieblas”, de José Conrad. Con la llegada del acorazado, con la llegada de la civilización, los negros tienen que trabajar doce y catorce horas. Son tan brutos, que el europeo ata a unos diez de ellos, con cadenas, y así, atados y rítmicamente, transportan grandes fardos desde la factoría hasta el depósito y desde el depósito hasta el vapor. Cuando se enferman, los abandonan. Esto se llama civilizar. Civilizar, entonces, es apoderarse de un pueblo y hacerlo desdichado. Porque es innegable que, el paso del estado salvaje al estado “civilizado” en forma impuesta, repentina y mercantilista, es para daño trágico de los negros. ¿Y los indios! Lamento ahora no tener a mano el libro de Mahatma Ghandi. (Lo he leído Pablo Rojas Paz? Es índice de frivo-

lidad conocer a Jean Cocteau e ignorar a Ghandi). El espíritu de este hombre inspira respeto religioso. Oponer su espíritu puro a las ambiciones de dinero de los ingleses. ¿Cómo no estar con él, si él es espíritu y es inteligencia? Es decir: realiza un estado superior de civilización: la preponderancia del corazón y la mente. ¿Con qué asco debe ver las hambres de dinero de los ingleses! Y un pueblo que ha producido a un Mahatma Ghandi, debe contener en su seno a multitud de gentes con semejantes características de inteligencia y conciencia. La teoría imperialista, según un comerciante, consistiría en la civilización de la India por Gran Bretaña, o de Mahatma Ghandi por Eduardo de Windsor; la misma teoría, para un intelectual o un espiritualista, consistiría en la civilización de Gran Bretaña por el pueblo indio, o de Jorge V por Ghandi. Si nosotros fuésemos a Bolivia — como quisieran Pablo Rojas Paz y Leopoldo Lugones — ¿a quiénes encargaríamos, por ejemplo la administración del tesoro boliviano? Damos por supuesta nuestra superioridad financiera, política, intelectual y moral. ¿Encargaríamos el gobierno del Banco de Bolivia a los ex diputados nacionales don José A. Núñez y doctor don Luis Olmedo Cortés? ¿Encomendaríamos al distinguido político argentino doctor don Carlos W. Lencinas el saneamiento de las finanzas bolivianas? Yo no sé si en Bolivia el presupuesto anual se encuentra aprobado el 1° de enero del año a que correspondería; supongamos que las cámaras bolivianas, por pereza o ignorancia, no tengan la costumbre de preparar con tiempo y discutir con tranquilidad la ley máxima de la administración. En este caso, ¿encomendaríamos a nuestros legisladores de Palacio de Oro la confección, discusión y aprobación de los presupuestos de Argentina y de Bolivia? A los maestros de escuela provinciales — argentinos — les encomendaríamos la misión de enseñar a los maestros bolivianos a trabajar sin cobrar. Tenemos, efectivamente, muchas cosas que enseñar a Bolivia.

Después iríamos a Paraguay. Alvear diría — como dijo Mitre aquella vez — que en tres meses estaríamos de vuelta. Y nos quedaríamos cinco años peleándole a un pueblo enfurecido con razón contra el insolente agresor. (El insolente agresor sería Alvear, es decir, el pueblo argentino). Después iríamos a Uruguay. Lo venceríamos. ¿Qué quiere esa república ridícula? Venceríamos a Uruguay. Y, claro está, reemplazaríamos la legislación uruguaya por una argentina.

Aquí hay una pequeña duda: parece ser que la legislación social en Uruguay es más avanzada que la argentina. ¿Qué hacer, entonces?

Yo creo, sencillamente, que el afán imperialista de los pueblos jóvenes se parece por su insolencia a la fanfarronería del chico que acaba de recibir las tres primeras lecciones de boxeo y ya quiere imponer su voluntad a todos los compañeros de esquina. Se nos suben los humos a la cabeza: en vez de copiar a Francia en su protección a las artes y a las ciencias, queremos copiarle sus procedimientos comerciales.

Y deseo para mi país que, el día en que sus soldados pongan el pie en Bolivia o en Paraguay, se sucedan, unos tras otros, incontables desastres: yo deseo la derrota del ejército argentino fuera del territorio argentino, en campañas de conquista: Vilcapugio y Ayohuma en vez de Suipacha.

Pero no será.

Si hay un imperialismo, aquí en el Plata, es acaso el de Uruguay sobre Argentina. Pero nosotros somos duros: todavía Uruguay no consiguió imponernos la ley de divorcio.

ROBERTO MARIANI.

CONSTITUCION

(Del «Libro de los Patios»)

Para LOS PENSADORES.

Trás un alud de ruidos el barrio manso y claro con el rostro lavado por el agua del sol.
Entre arrabal y centro — con olor a provincia.
Constitución: tú y yo.
¡Oh, las cajas de música de tus patios!
De noche: las novias y la luna.
De mañana, los hombres que salen al trabajo y de tarde los niños manchados en la tiza del pizarrón y de la travesura.
En tu parque Lezama yo he grabado mi nombre.
Mi parque de recuerdos está lleno de tí.
En tu plaza he soñado ser el mejor poeta,
y en tus estanques turbios
vieron mis ojos húmedos las primeras estrellas.
Constitución: tú y yo.
Tú, reflejando estrellas en tu estanque.
Yo reflejando estrellas en mi alma.

PUENTE ALSINA

Barrio con fama de guapo.
Eres inofensivo como un filo mellado.
Tienes árboles buenos que se salen del campo para dar más relieve a tu leyenda con la sombra indecisa de sus ramas.
Puente Alsina:
tú tienes claroseuros con guitarras.
Por sobre el centro de la urbe te das la mano —callosa a fuerza de aferrar puñales y martillos también—
con el arroyo Maldonado que luce todavía, como tú,
pantalón con bombilla y clavel colorado.
Eres el comité de la ciudad,
al cual no entran los que no son amigos de sus caudillos: la cuchilla y el tango.
Alimento de crónicas policiales.
Has salido más veces en linotipo que un novelista "dernier cri",
y en tus calles torvas aún anidan los organillos sentimentales que humedecen los ojos a la nieta de Mimi.
Puente Alsina:
tú bebes caña fuerte,
lloras leyendo el "Juan Moreira",
te apiadas de los perros enfermos y de vez en cuando te robas la luna para que los hombres que miran siempre abajo la vean reflejada en el Riachuelo.
Puente Alsina:
barrio con fama de guapo.
Los ladrones y los poetas
no te tenemos miedo.

RAÚL GONZÁLEZ TUÓN.

EL XV SALON DE BELLAS ARTES

En los salones del Retiro, a excepción de alguna que otra "cosita", no se puede admirar una obra de arte. Comprendemos, además, que el arte, como manifestación "voluntaria" de espíritus superiores, no puede oficializarse. Es obra de temperamentos heterogéneos. Y afirmamos, con la más absoluta independencia moral, que están incapacitados para juzgarla jueces que se guían con idéntico fin, unidos por el mismo medio ambiente: flores del común invernadero ambientivo.

No es que yo crea que el arte escapa al análisis. Por el contrario, es lo más esclavizado a él. Ahora nos referimos a los analizadores... Desprecio al reciente "Seráfico de Asís", de Troiani, que nos lo hace hambriento. Zonza Briano también nos presentó un Cristo familiar. Y a la verdad, lo hacen así por sentirse insuficientes de presentárnoslo "lleno de carnes", en la relatividad de la vida austera y batalladora que seguramente llevarían aquellos apóstoles del bien o del fanatismo. El hombre en estado de adefagia no reza, grita, cae, transa o sucumbe. Bien sabemos que Cristo fué un luchador y soñó... Y San Francisco lo mismo. Troiani debe ignorar la época del Asís, y a Zonza le faltó capacidad técnica interpretativa.

¡Hartos estamos de santos escultóricos muertos de hambre, infieles a lo que fueron sus destinos de hombres!

Es de hacer resaltar que la idea se liberta en el arte de manera rara, esclavizándose a la forma. No concebimos los colores sin asociar a ellos la idea de una substancia que los contenga. El expresionismo en las artes plásticas es paralelo al melodrama.

Esta digresión nos revela que si el análisis en mí fuera escrupuloso, no quedaría del salón ni una obra que lo resistiese. Un cuadro, una estatua, aunque estén colocados elegantemente, el crítico imparcial debe pedirle al artista una base, una conciencia de su trabajo. Que se nos debe desnudar sin que entre en colaboración nuestro estado de ánimo, recuerdos sentimentales, cerebración intelectual, etc. El artista pare aquello suyo, en lo pensado, y lo comunica afirmando a las formas. La concepción, los móviles... Los verdaderos artistas meditan: la espontaneidad es una mentira imperdonable. Espontaneidad en la ejecución sí, certeza en lo que se hace. El artista es responsable ante la humanidad de su gasto de energía. Los jueces que premian sin conciencia artística definida, son amoraes. No pueden jamás llegar a la responsable inmoraldad...

Entrando de lleno al asunto, hube mucho de lamentar que el "prismático" Curatella, 60 número del catálogo, en una técnica ultramoderna nos desarrolle un asunto medioeval: Lancelot et la reine Genovieve.

La técnica no puede dualificarse del asunto central. Lo que faltaría a la verdad esencial del arte. Víctor Hugo no lo hubiera sido imitando a Zola.

Curatella denigra a los ultramodernos por esto. Y creo que su trabajo lo desdobra incapaz téc-

nicamente, con otro agravante: la falta de concepción de su tiempo. No puedo imaginar un hijo, sin haber sido concebido por "su" madre y en su vientre. ¿Para qué tenemos la imaginación?

El arte no es extravagancia. Bebamos en la fuente de nuestra época, que es cristalina y abundante, como pechos de campesinas parturientas.

Tessandori, que el año pasado le prodigué bienaventuranza, este debo costreñírsela. Si bien declaro que se respira frente a sus cuadros. Hay en ellos aire y luz. No me explico los copos de algodón de uno de sus lienzos. La suerte de este muchacho es inmensa: el año pasado el tercer premio, y mereció en el que comentamos el segundo. ¿Que los ruidos colmillos de la envidia no le muestren sus puntas afiladas!

El primer premio, escultura, "La comida de las fieras", de Sarniguet, es mediocre. En ella se representa un caballo enfermo, viejo o incapaz de llevar su vida adelante y cae. Alguien lo llevará a las fieras del zoológico. Es su destino. En los bazares hay tantos como esos que, el premio, es un fenómeno de prodigalismo sistematizado. Finamente lamido, pulido, parece un caballo que muere y el espectador no sabe por qué. No despierta emoción, ni asocia ideas a nuestro cerebro para despertar recuerdos sentimentales por lo menos. El asunto se presta a ello. El título, como es fácil de ver, es trivial, vulgarísimo y falta de grandeza desbordante.

Existen una serie de cabezas que fácilmente enganarían al público no avezado. Quiero creer no sea tal la finalidad... Pero que al atento ojo del crítico le trae a su memoria aquella mano del "Moisés" del Michelangelo y otras de Rodin. Crean los modernos sintetizar en una cabeza todas las modalidades del alma humana. Hay demasiadas cabezas. Lo mismo un artista podría modelar una mano o un pie. Si es expresiva la cabeza del hombre, ¿cómo es que cada una de las manos de Rodin habla tanto o más que un labio moribundo o un ojo sangriento de cólera? La naturaleza está expresándose continuamente en todas las partes... El hombre lleva el peso de luchas titánicas pasadas, y se liberta en deseos de porvenir. La psiquis vive continuamente verborizando el mañana. Mañanificándose... El ser no es libre, como no son libres las alas de los pájaros. Si fuese libre no tendría necesidad de soñar... Hay un misterioso reflorcer de vida, de lucha, de ilusiones en cada célula, en el más simple musculillo de nosotros. El artista lo sabe. Una cabeza nos trae reminiscencias ajenas a ella y nos enganamos al admirarla. A un pie es necesario ponerle lo que no tienen los artistas, lo que yo llamaría, en estilo contradictorio: paciencia revolucionaria de ejecución. No es un tráncico el hombre, es un cuerpo, en el sentido más científico del vocablo.

Si comento las salas del Retiro sin especificar casi los nombres o las tendencias, es porque de eso carezco. La originalidad para los exposito-

res es un absurdo indigno de conquista. Tal vez haya algo entre los que han sido recusados.

Ni uno solo ha sido mordido por el afán tan noble de penetración en las cosas. No es interiorizándose en los pliegues de nuestras almas — la mayoría de las veces, expresión de desórdenes melancólicos, o romanticismo agudo — que las cosas se le presentarán en los dedos al artista. Hay que vivir lo que uno pinta. Principalmente en lo relativo al paisaje. Esta manía de paisajes es escandalosa: fríos, chabacanos, sordos de vida, opacos, rebuscados: lomas, barrancos amables, árboles solitarios, caminos angostos y unos picos de montañas en el último plano... Serán agradables pero no transportan... Los motivos son tan arcaicos cual la pintura misma. Son paisajes que los antiguos no colocarían ni de fondo.

El desnudo de Butler Horacio A. nos atrae la atención solamente porque está lleno de renacentismo y nos hamaca en el borroso recuerdo de la magnífica "Ninfa sorprendida" de Manet que nuestro Museo guarda. El afanoso buscador de la sencilla cromaticidad que los críticos de grandes diarios lo han pretendido bautizar, me parece una falsía. Si no pone más color y ubica inteligentemente los planos será porque es tacaño su pincel y pobre la paleta.

La República Argentina presenta dos fenómenos sexuales interesantes, con su correlación psicológica y social. Uno es el exceso de mujeres en el norte y el otro la escasez en los grandes territorios del sur. Frente a estos problemas importantísimos está el acercamiento a los trópicos por un lado y a las frías costas patagónicas por el otro. La miseria, la lúes, el raquitismo; los desórdenes mentales y las morbosidades eróticas por la otra parte debido a la continencia avasalladora del hombre-sexo. Este problema, que retoña al infinito, nos descubre como un pueblo dinámico, que vive, vegeta o se arrastra. Y en él los problemas de toda índole se amalgaman y se diluifican en gamas biológicamente interesantes. ¿El salón actual posee un artista que nos descubra, un pincel-bisturí que los diseque? No. Ni uno solo lo ha intentado.

La tierra que habitamos no tiene su artista plástico... Y ni siquiera un joven que se sienta varón para ganarse el corazón de sus problemas trascendentales.

Si a los jóvenes pretendemos estimularlos con premios fáciles, caeremos en la inervación artístico y en el mercantilismo. La única emulación debe ser la fecunda Naturaleza, multiforme, absorbente, eterna en su presente y continuamente pasajera.

Si el artista no va a ella, en busca del estimulante, por cariño y propensión, carecerá de apetito artístico y será incapaz de clavarle los dientes...

En "LOS AMIGOS DEL ARTE"

Exposición Pettorutti

Nuevas tendencias artísticas desviativas reclaman un lugar. Le pertenece. Pettorutti lo tiene ya. Anhelan la "cerebración pura" de las formas. Sabido es que la reducen a la simplicidad cromática, supresión de lo insuprimible... En escultura la negación de los planos, y el encariñamiento de la silueta. La naturaleza no es un juguete de la psiquis del hombre

o del artista, es una labor difícil de explicarnos y por ende debemos acercarnos a ella casi con respeto. Estamos resbalando demasiado en la egolatría. Todo se resuelve no en despertar las almas, sino los cerebros de los otros por intermedio nuestro. No teniendo en cuenta que el "hogar psicológico" trabaja continuamente. Además, ¿puede él prescindir de la sensibilidad? El arte no debe jamás ser pereza amatoria y corruptible de nuestro yo mental. Es el más repudiable narcisismo de la fantasía moderna. El arte no puede bajarse a ser conformidad con lo nuestro, deberá ser siempre tendencia a mejorarse. ¿El cerebro del artista como tal, aislado, tiene algún valor acaso?

Pettorutti es frío. Los matices intelectuales lo son también... Caemos en las tendencias religiosas de la vida. La falta de continuidad de los fenómenos. ¿Hay emotividades puras, actos afectivos incontaminados?

Admiro las formas revolucionarias cuando obedecen inconscientemente a su fondo. Repudio la novedad sistemática, contagiada. ¿Qué nos dieron las nuevas tendencias que no sea la mera disconformidad técnica? ¿Llegaron a las cumbres de las emociones prístinamente intelectualistas? ¿No es lastimoso endiablarse una tela por que sí?...

Nadie llegará jamás al desciframiento de lo "Insensible". Yo creo que la enfermedad de los "ismos" es una tendencia reversible de encontrar aspectos que están fuera de la órbita humana. Y a ello no llegarán jamás. Todo está encadenado en el hombre por continuidad. Y al querer individualizar los eslabones, los aislamos. Aislados no sobreviven, se ahogan en sus propios círculos.

Una tela inmensa con un interrogante se podría titular: "La mujer". Está bien: la mujer es un interrogante. No será un cuadro, es un símbolo de una página de Nietzsche. Todo para el hombre es problemático.

Pero, ¿lo que vive no tiene razón de ser en su propia existencia?

Lo admiramos a Pettorutti, es la manifestación de algo que será y no es, o de algo que creemos vendrá y no lo veremos jamás...

RICARDO A. J. BERNARDONI

EL BUEY

Te amo, pfo buey, que manso, un senti-
(miento)
Nos das de paz y de labor profundas,
Cuando solamente tú, cual monumento,
Miras campiñas libres y fecundas.
Bajo el yugo inclinándote contento
Dulzura se retrata con encanto,
La obra del hombre, grave, ágil, secundas;
El te incita y te pincha, y tú con lento
Mirar paciente, al amo en luz inundas.
De tu ancha nariz, húmeda y fiera,
Humea tu alma; cual tranquilo canto
El mugido en sereno aire se pierde;
Y en el fondo del ojo glauco, austera
El silencio ideal del llano verde.

CARDUCCI

NUEVAS REVELACIONES SOBRE LA TIRANÍA DEL PERU

Por HAYA DE LA TORRE

Londres, 20 de junio de 1925.

Al camarada Julio R. Barcos, Buenos Aires.

Mi querido amigo:

En uno de los últimos número de VERDAD, el valiente órgano de los maestros dignos de la República Argentina, he leído un artículo de usted, que se refiere a la situación dolorosa del Perú. Alude usted en él a las sospechosas defensas que el ex anarquista Lugones hace de la sangrienta tiranía de Leguía, y dice usted con razón, con muchísima razón, que es el Perú uno de los países más desdichados de América Latina. Así es.

Pero las desdichas del Perú son viejas, son tan viejas como la conquista de España que llevó en nombre de Dios y del Rey los métodos más feroces de esclavitud y de exterminio. Como fueron el Perú y Méjico, los centros de la América indígena, fueron también los centros de la América colonial. Pero la colonia peruana difiere mucho de la colonia mejicana donde quedó siquiera el intento de una cultura. Al Perú los españoles no le han dejado nada. Usted ha visto lo que es Lima colonial: una ciudad de adobe que subsiste porque no llueve. Méjico es una magnífica ciudad de piedra y cada uno de sus grandes centros: Puebla, Guadalajara, San Luis, Queretaro, etc., ofrecen los restos monumentales, incomparablemente superiores a los nuestros, de una época, que si bien fué de esclavitud y de explotación brutal, lo fué también de esfuerzo constructor, de disciplina y de aliento. Yo, me permito creer que la conquista de América nos fué contraproducente. Creo aun más, que nuestros imperios indígenas habrían podido conectarse con la civilización occidental, aprovecharla y fortalecerse con ella, conservando sus sistemas tradicionales como ha ocurrido con el Japón, por ejemplo. Pero como no es hora de detenerse en ese punto, lamentando el hecho de la conquista, convencido de la ferocidad española al realizarla, prefiero a Cortez que a Pizarro y creo que cupo a Méjico más fortuna en su esclavitud que al Perú.

Y me he remontado hasta tan lejos, porque el conquistador español, el esclavizador, el opresor, el tipo frío, egoísta, sin sentido humano y sin piedad, lo tenemos en casa aún. En Méjico se han fundido las razas y la nueva capital fué erigida en el mismo lugar que la antigua. La ciudad de Méjico y todas sus grandes ciudades están emplazadas en el corazón del país, en las montañas, sobre las mesetas altísimas que coronan los volcanes. La costa mejicana, tropical, sedante, laxa, sirve para comunicarse con el mar. El conquistador de Méjico se fundió con el indio, se unió a él en el propio corazón de sus sierras, y forjó una raza que aun que no sea ya absolutamente una raza en el estricto sentido del vocablo, lo es por la homogeneidad de costumbres, por la tendencia a la definitiva fusión de sangres, por la continuidad sin soluciones violentas del ambiente nacional. En el Perú no ocurrió eso: El Perú serrano e indígena, el verdadero Perú quedó tras de los Andes occidentales. Las viejas ciudades nacionales: Cuzco, Cajamarca, etc., fueron relegadas. Se fundaron ciudades nuevas y españolas en la costa tropical donde no llueve nunca, donde no hay cambios de temperatura, donde pudo desarrollarse ese ambiente andaluz, sensual y decadente de nuestra capital alegre y sumisa.

El Perú serrano vino a menos. Fué campo de explotación, lugar de esclavitud. Ahí imperó el feudalismo que importó España desbaratando todo un sistema de socialismo casi perfecto. El indio que había vivido en la gran comunidad de su imperio, fué de pronto convertido en esclavo. Millones de esos seres murieron en los huecos de las minas que habían de dar el oro a los señores insaciables. La colonia no tuvo piedad para ellos; los despreció, les robó y les asesinó. No intentamos fundir raza alguna. Cuando en la costa no se pudo obligar al indio de la sierra a trabajar bajo el sol implacable de los valles hondos, se importó al negro. Pero el indio siguió siendo el esclavo del blanco, y lo curioso, lo singular en el Perú es que esa esclavitud continúa. La independencia fué para nosotros un movimiento engañoso. Nuestros verdaderos próceres de la libertad fueron los Tupac Amaru, los Pumacahua, porque son los precursores de la libertad del indio. El indio antes y después de la independencia política ha continuado sin cambio alguno. Es siempre esclavo, carne de cañón. Fué arrastrado a la guerra de la independencia como fué arrastrado a las guerras civiles, como se le llevó a la matanza de la guerra con Chile. Pero el indio, que no habla español en su mayor parte, obedece bajo el terror y, ya don Ricardo Palma contaba que cuando la guerra del 79, repetía que iba a matar «al señor Chile». Y es que durante la colonia, como en la república el anhelo de libertad del indio ha sido uno sólo. El indio ama una libertad efectiva, el indio quiere la reivindicación de su tierra y desde hace cuatrocientos años se levanta, se insurrecciona, se deja matar por centenares, luchando en nombre de su hambre y de su tradición contra el feudatario que le oprime. Ese es su patriotismo, porque esa es su justicia.

Pero contra el indio estuvieron los españoles de ayer y de hoy. Las castas que se han sucedido en el poder en el Perú llevan a gala mantener la tradición heráldica. Condes y marqueses por sangre o por espíritu se han sucedido en el poder del Perú desde hace muchos años. Nosotros tuvimos como prohombres un señor Pierola que soñó con ser emperador o por lo menos usó un casco imperial, llamándose dictador, mientras las tropas chilenas avanzaban triunfal y fácilmente sobre Lima. Ese señor Pierola, aristócrata hasta la médula, autoritario y vanidoso, fué jefe del Partido «demócrata». El jefe del Partido «civil» fué don Manuel Pardo, ex presidente de la República, y el mayor de sus hijos lleva un título de marqués de Fuente Hermosa. Un hermano de ese individuo ha sido dos veces presidente del Perú, por derecho hereditario. El señor Leguía, es marqués de Haro, por derecho y por espíritu. El señor José de la Riva Agüero y Osma, es el presidente del Partido Nacional Democrático, en el que militan una serie de señoritos aristócratas, literatos de oficio: Belaunde, Miroqueñadas, Larajas, etc. Ese señor Riva Agüero, que es jefe de un partido por fortuna abortado, ha pagado casi cien mil pesos en España por la revalidación de un título de marqués que usa ahora con femenína coquetería en Madrid.

Pero no sería nada que cuatro o cinco tipos llevaran títulos si no fuera lo más grave que todo individuo militante en la política burguesa, ya sea liberal o conservador, anhela tenerlo. La pre-ocupación aristocrática constituye en el Perú un afán primordial, que poco significaría si no respondiera a un espíritu de infinito desprecio para

el pueblo, de crueldad para con el humilde y de absoluta inmoralidad para defender situaciones económicas que permitan el espejismo de gran señor.

Nuestra literatura, nuestras ciencias, nuestra política gira en ese ambiente. Todo se hace en Lima. Nuestros literatos tienen en un admirable ejemplar representativo en Chocano. Don Manuel González Prada fué, naturalmente una excepción luminosa. Pero a González Prada le culminaron, le hicieron el silencio, la combatieron con esa sordidez jesuítica en que son expertos los limeños de «familia distinguida». En la Universidad Mayor de San Marcos, la más antigua de América, está la más alta expresión de los valores espirituales del país. En 1919-20 los estudiantes hicimos la revolución universitaria y echamos a diez y seis catedráticos. No echamos a más porque habríamos dejado a la Universidad con uno o dos. Pero la mayor parte de ellos lo merecían, desde el rector de entonces, un señor Prado, hijo de un célebre gobernante cuando la guerra con Chile, que escapó de la presidencia de la Nación en plena lucha. Ese señor Prado que pronunciaba discursos de los que no queda nada, fué consagrado en el Perú como la más alta figura intelectual. Usted puede buscar un libro de tal altísima personalidad. Encontrará usted que no hay nada de fundamental. Ediciones lujosas, lugares comunes solemnemente repetidos, citas de autores, palabrería vacua y tonta. Pero el señor Prado tenía un museo, que por derecho es de la Nación y cuatro millones de soles doraban su figura aristocrática. Desde el rector, pues, la Universidad de San Marcos era y es hasta hoy en su mayor parte una institución anquilosada, convencional, envejecida. Tener un nombre y dinero o someterse al cenáculo que ahí domina, es quedar consagrado. Un señor Miroquesada, por ejemplo, es profesor de pedagogía. Yo no he oído jamás disparatar con más cinismo acerca de pedagogía. A medida que estudio y oigo en Europa lo que es la pedagogía como ciencia me convengo mejor de que, a pesar de ser yo un simple alumno en 1923, hice bien en decirle a la cara a aquel señor Miroquesada, que era un ignorante. Usted, técnico en la materia podría comprender cómo en el Perú basta ser copropietario del más grande y antiguo diario conservador para que una cátedra delicada en un país sin movimiento educacional, pueda ser conferida a un «efifis».

Por eso, el movimiento intelectual del Perú es un movimiento de plañideras. A don Ricardo Palma que tuvo gracejo y certeza auténticas en sus pinturas coloniales y que, en mi modesto concepto, es el más grande ridiculizador de la época, porque del virrey al paje todo cae bajo su ironía tantas veces cruel, le han sucedido una serie de cantores del pasado. En Lima o se canta a la novia o se canta al virrey. Todo es hispanismo, colonialismo y lamento. La tradición es la colonia. Apenas ahora hay quienes intenten buscar en el acerbo inmenso, fuerte y puro del icasismo. En las últimas fiestas de Ayacucho, hechas con un empréstito que el pueblo pagará al imperialismo yanqui, Lima se ha divertido en una verdadera orgía de cabaret. El campo de Ayacucho está en la sierra; el teatro de la guerra por la independencia de España son los Andes. Pero el desprecio por la sierra es absoluto. Además, aquellas regiones abandonadas, miserables, habitadas por indígenas esclavos vestidos de harapos, no ofrecían espectáculo propicio al ambiente de carnaval que se quiso dar a la solemnidad. La «aristocracia» limeña buscaba divertirse y engañar a los bien

comidos invitados extranjeros con el espectáculo de un Perú feliz, monumental y alegre, bajo la mano de un tirano que tan lealmente representa su espíritu.

Porque he de repetírselo a usted: Leguía representa al conservadorismo limeño y es su más leal sostenedor. No se diga cómo es posible que haya algunos señores aristócratas desterrados, como demostración de lo contrario. La casta conservadora del Perú es una, dividida en oligarquías o grupos, porque el presupuesto nacional no alcanza para que todos convivan. A medida que ha transcurrido el tiempo, la casta dominante se ha multiplicado. Por eso luchan entre sus diversos grupos por el poder. Pero no hay diferencias ideológicas entre los jefes de los distintos grupos: un Leguía, un Pardo, un Riva Agüero, un Prado, un Benavides, un Villarín, un Miroquesada, son lobos de la misma camada. Católicos, propietarios, capitalistas, burgueses, absolutamente burgueses, nada los diferencia. Además, todos han actuado juntos y todos están vinculados entre sí, directa o indirectamente por lazos familiares y económicos. En su lucha entre unos y otros, se usan de métodos más o menos violentos. Pero en el fondo, todos ellos representan la casta conservadora, la clase de los grandes propietarios, la neo-nobleza española, extranjera, desdeñosa de nuestra realidad, dispuesta a seguir en la obra de explotación y de exterminio del pueblo que les soporta.

Pero usted lo ve. En cuestiones elementales como la agitación chauvinista con Chile, todos están en idéntica posición. Luchan cada cual por declararse más *patriota*. Los grupos de literatos o de periodistas que rodean a cada uno de estos caciques, grita también su odio a Chile y entre Leguía y ellos no hay sino una palabra de insulto y agitación: «chileno». Leguía los llama chilenos y viceversa.

En cuestiones sociales todos son reaccionarios. Todos son o grandes propietarios o grandes capitalistas o súbditos de unos y otros. Los problemas fundamentales de la Nación: el del indio, que es el de la tierra y que es a su vez, el de nuestra base económica, no ha sido jamás tratado. No ha habido un solo gobernante que se haya conmovido siquiera ante el horror de la situación del indio. El gamonalismo es en el Perú un crimen organizado y legalizado. Yo he vivido ocho meses en el Cuzco y conozco Cajamarca y otros puntos de la sierra peruana. Usted no puede imaginar los horrores que ahí se cometen. He visto indios con las carnes tajadas por la verga conque les azotan. En un resumen que publicara la Biblioteca europea y asiática de Suiza, hago un relato de mis recuerdos, de lo que yo he visto en la sierra peruana. Huallpa-caldo (Caldo de gallina), le llaman al látigo los gamonales. Con él destruyen las carnes de esos desgraciados. Les matan, les roban, les incendian las chozas con una frialdad sin paralelo. Pero el gamonal es el diputado, es el senador, es el ministro, es el presidente. Cuando pasé por Tumbes, supe que en la hacienda costeña de Plateros, de que es propietario Leguía, se castigaba a los trabajadores, poniéndolos desnudos, atados contra estacas al sol. Tumbes está en el trópico. Aquellos suplicios son bien conocidos en la costa y sierra del Perú.

Y esto no es de ahora; es el terror que domina desde hace mucho tiempo. Las masacres de indios, las masacres de obreros, se han realizado en el Perú bajo todos los gobiernos, desde aquel teatral de Pierola, que se había hecho ha-

mar únicamente «protector de la raza indígena». Por eso es que nosotros estamos desterrados; porque hemos gritado contra tanto horror. Nosotros no estamos desterrados por líos de camarillas. Esta nuestra generación ha despertado de su sueño y de su borrachera de patriotismo y de frivolidad para ver bien en las entrañas de nuestra realidad. Ya se acabaron en el Perú las juventudes doradas, engañosas y consagradas. El señor Riva Agüero, marqués y jefe de un partido de señoritos, serviles al pasado, afeminados y ventrales. El gesto postroero de esa generación fué dado por un señor Belaunde, que trató de arrastrar a los estudiantes en 1921 a un ataque contra Leguía en nombre de la defensa del poder judicial. Es decir, defender al ladrón contra el bandido. El poder judicial en el Perú es lo más corrompido que puede darse. Las palabras seniles y cínicas del presidente de la Suprema Corte dichas a Leguía sintetizan bien el grado de moralidad de aquella gente: «vuestras dotes como mandatario que honran a la República y que admira la América entera». Pues bien, a ese poder judicial de donde han salido en todo momento los ministros de gobierno, ejecutores de crímenes políticos, quería defender el famoso Belaunde. Por fortuna, de aquel movimiento no queda nada. Con él termina esa generación joven de la burguesía, que significaba el peligro de la resurrección de toda vieja casta. El Perú va buscando ahora su propio camino. Leguía está en el poder, sobre todo, porque un instituto del pueblo le obliga a quedarse por ahora con el tirano antes que reemplazarlo con otro. En el tablado político no hay más hombres. Todos son viejos, todos son malos, todos tienen ansias de poder, sin más visión que sus apetitos. El país espera una renovación. El Perú se prepara lentamente, pero se prepara para redimirse definitivamente. A redimirse no sólo del tirano, sino de las castas; a redimirse de la opresión y a cumplir al fin la justicia de cuatro millones de esclavos. Por eso no importa que el señor Leguía haya dicho a su agente en Buenos Aires, don Leopoldo Lugones, que la propagación de nuestras doctrinas revolucionarias significará la destrucción de la nacionalidad y hasta la lucha de razas. Para Leguía la nacionalidad es el horror de la situación del Perú actual. Pero este pensamiento de Leguía pertenece a todos los hombres del Perú «distinguidos». Usted verá que el día que suene en el Perú la hora de la reivindicación del pueblo, de la redención del indio, de la verdadera revolución, se unirán automáticamente todos los encarnizados rivales de hoy. El señor Leguía, si es que para entonces vive, será el líder común. «¡La nacionalidad en peligro!» Será el grito hipócrita de todos los grupos que ajustarán la solidaridad de la casta. Ya no habrá tapujos: la lucha será clara, entre el minúsculo grupo de familias que explotan al pueblo del Perú y el pueblo que lucha por su libertad. Entonces, los señores Pardo, Aspillagas, Prados, Benevides, Riva Agüeros, etc formarán un solo bloque, serán el bloque de la burguesía de los grandes propietarios, de la reacción.

Nuestra lucha no es, pues, únicamente contra Leguía, nuestra lucha es contra la casta que dividida o no, es la que oprime al pueblo del Perú. Por eso se nos ha desterrado a los que encabezamos o iniciamos ese movimiento social, con el beneplácito de todos los sectores conservadores aun los de la oposición transitoria actual. Y aunque el enemigo es fuerte, nosotros hemos de seguir siempre adelante. Es cierto que una gran parte del pueblo del Perú está adormecido

por el largo terror, acobardado, indiferente. Pero eso no significa que no sufra, que no comprenda y que no anhele su justicia.

Nuestro deber es luchar por despertarlo. Al grito de las universidades populares, González Prada, respondió el pueblo. Obreros, estudiantes, indígenas, campesinos, empleados, nos hemos unido ahí. La lucha ha sido cruel y continua, dura. En mayo y en octubre de 1923, se asesinaron en las calles de Lima y Vitarte, a obreros y estudiantes. La tortura, la persecución, el destierro, son pan de cada día. Pero todo este sistema de terror y de abuso ha enardecido más la rebeldía popular. Leguía como todos los tiranos, como todos los opresores cree que va a matar el amor de la justicia en nosotros, arrojándonos al extranjero, a luchar con el hombre. En los que salimos y en los que se quedan, el efecto es contrario. De entre los señores políticos profesionales, Leguía ha obtenido claudicaciones vergonzosas. Son incontables los deportados de alta posición que le han pedido perdón, se han sometido y han vuelto al país a ocupar puestos públicos. De entre nosotros no lo ha conseguido. No lo conseguirá nunca. Los políticos profesionales están siempre dispuestos a claudicar cuando luchan por el estómago. Y todos los políticos peruanos son ventrales, sin excepción. De nuestro lado hay algo que no es ventralismo y es la causa del pueblo. No somos sino soldados de un gran principio de justicia. Y el camino del sacrificio nos lo han enseñado los que murieron defendiendo nuestra causa. Leguía usará del terror aún, pero llegará el día en que la rebelión estalle. Tarde o temprano será así. No la monotonía del cacique, ni el cuartelazo del militar. En el Perú, como en Venezuela, llegará la hora de la justicia impuesta por la fuerza del pueblo coaligado. Y entonces ni el imperialismo yanqui, tan interesado en sostener las tiranías de América, ni la conjuración de todas las fuerzas reaccionarias del Perú, hoy divididas, podrá nada.

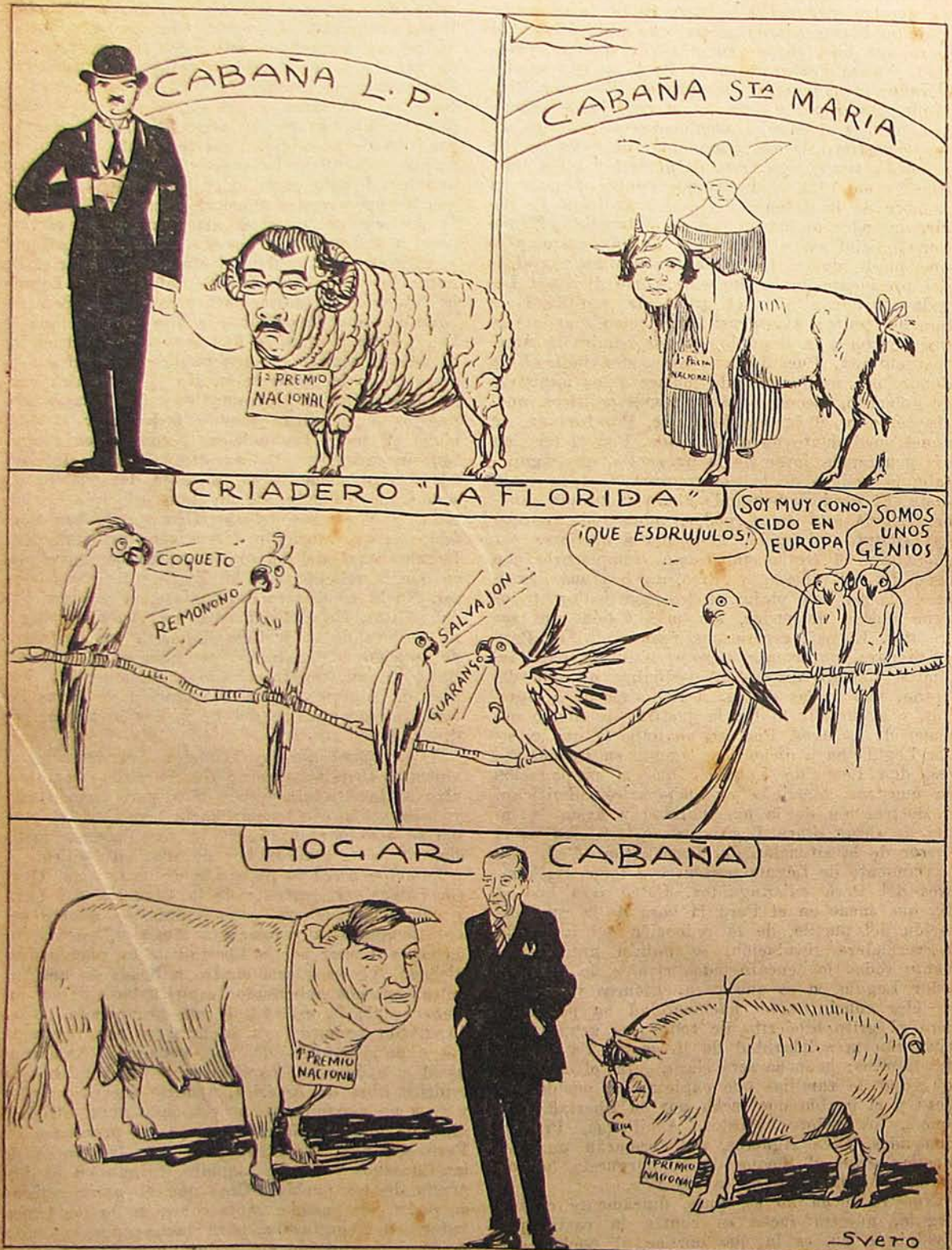
Y esto será por ley histórica. Los despotismos violentos tiene siempre un fin. Porfirio Díaz, tiranizó Méjico treinta y seis años, pero cuando creyó que podía evolucionar hacia legalidad, el pueblo se alzó para castigarle y para hacerse justicia. Nadie se acuerda hoy de Díaz en Méjico.

Disculpe usted la extensión de esta carta. Quería hablarle largamente de la situación del Perú y quería pedirle que, conociéndola, no ahorre usted tiempo para revelarla a América, para ayudarnos a llamar por la libertad de un pueblo desdichado. Tenemos casi cuatro millones de analfabetos, estamos gobernados espiritualmente por un clero venal; la esclavitud está organizada en el Perú. Sin embargo, ya se levantan las primeras voces anunciadoras de un despertar. Ayúdenos usted y ayúdenos los obreros y los hombres de espíritu libre de América, a darle fuerza y calor y fe a un movimiento que responde a un altísimo ideal de justicia. Necesitamos que el problema del Perú sea bien comprendido y que las voces de los Chocanos y de los Lugones, caigan en el desprecio de los pueblos. Creo que el americanismo no podrá ser posible sin la cohesión de los trabajadores del continente, para luchar por la imposición de la justicia en cualesquiera de los países donde sea posible comenzar la obra redentora. Y el internacionalismo práctico comienza por sentir los dolores de los pueblos que más los sufren, ayudándoles a libertarse.

Le saluda muy cordialmente su amigo.

Haya de la Torre.

EL DIA DE LA RAZA



ACERCA DE UN DISCURSO DEL SEÑOR CARLÉS

(UN PUÑADO DE VERDADES)

Realmente, hablar del señor Manuel Carlés en una revista de carácter intelectual, parece un insoportable contrasentido...

Vamos, empero, a exhibir un instante al conocido político, mostrándolo a la pública curiosidad cual se hallara colocado sobre el tablado de la farsa, tablado sumamente propicio, por su carácter histriónico, para el mejor lucimiento del exhibido disertador en cuestión...

El día 12 del pretérito mes de agosto, en el salón de actos públicos del Colegio Nacional de Buenos Aires, el presidente de la denominada "Liga Patriótica" pronunció — o, expresándonos con mayor propiedad, leyó — uno de sus extensísimos y soporíferos discursos — de esos discursos de párrafos kilométricos e ideas cortas, cortísimas — dedicado "a los padres y a los estudiantes.

El funesto santón de la sucia politiquería criolla reeditó en esa ocasión, con voz tonante aunque no muy bien modulada, con gesto jupiterino si bien algo forzado, y con amplios ademanes un poco descompuestos, la consabida manoseada fraseología patrioterica de ritual que repite, periódicamente, cada domingo, para delicia de boquiabiertos adeptos y burlesca diversión del elemento infantil, desde el atrio de cuanta iglesia católica subsiste en nuestra metrópoli y adyacencias. Es sabido que en los barrios suburbanos resulta un verdadero acontecimiento cada vez que nuestro anciano prócer... de cartón se encarama a un atrio frailesco:

—Mi nena — decía una buena señora — se ríe más viendo a Carlés que a Chaplin... Le resulta más gracioso... Como hace cada además tan raro ese señor, que parece epiléptico... En lo único que lo gana Carlitos Chaplin es en que éste no habla, porque ¡cómo grita Carlés!

Pero retornemos a la esencia de nuestro tema, al discurso que, luchando contra el sueño — y contra la indignación — tuvimos el valor de escuchar...

Decíamos que el señor Carlés reedita, en cada engendro oratorio suyo, tres o cuatro falsos y vacíos conceptos arrumbados — siempre los mismos — que cual fácil lección memorizada repite en cada uno de los referidos engendros, barajándolos con la habilidad de un buen conoedor de los naipes con que juega y matizándolos con palabras, con hermosas, abundantes palabras, muy propias para exaltar el interesado patrioterismo burgués de las castas militar, católica y capitalista.

Pero, al fin y al cabo, palabras — lo repetimos — nada más que palabras, brillantes en apariencia, pero que palidecen y tórnanse falsos y descoloridos vocablos, cuando se las analiza a la luz reveladora de la verdad... Fácil verbosidad, huera y sin sentido, que nos hace pensar que ese hombre, Carlés, equivocó su rumbo en la vida: hubiera podido ser un excelente rematador... Es éste, como se sabe, oficio bien retribuido por la sociedad burguesa y en él hubiera hallado nuestro comentado disertador amplio campo propicio para la explotación de sus connaturales dotes vocales. Eligió, sin embargo,

el de patriota, oficio que si bien conquista prebendas y alienta el nepotismo, resulta a veces, cuando se agota la mansedumbre del pueblo, algo arriesgado. ¡Pero no es la vejez hora propicia para corregir el camino torcido de una vida!...

No nos detengamos más. Dominemos nuestro asco y, cual corresponde a disectores decididos, vayamos a analizar lo que la jerga vulgar denomina "un discurso patriótico" y que nosotros llamaríamos muy de otra manera... Mas conviene decir ante todo, para darse cuenta de la salud mental del anciano político de marras, que en la ocasión aludida, en un acto de carácter universitario, habló de cuestiones totalmente ajenas a la fiesta celebrada, fuera de lugar y de oportunidad, con la monomaniática obcecación de una mentalidad declinante. Pero seamos razonables y hagamos un símil, de cuya exactitud juzgará el lector: ¿podríamos pedir acaso palabras nuevas a un antipático *lorito*, en sus últimos años?

En su discurso — de algún modo hay que llamarlo — el señor M. Carlés entre otras cosas afirmó — sin enrojecer — lo siguiente: "En la República Argentina no hay problema universitario ni cuestión social" (sic).

¿Lo habéis oído? ¿Lo entendéis bien? El hambre, la miseria, los conventillos, las enfermedades, la prostitución, el delito, la tuberculosis que mina al obrerismo, la sífilis que roe a la población, los abusos policiales, la "injusticia de la justicia", los atropellos de toda laya, la podredumbre moral y material, todo lo que hace estremecer el espíritu indignado de los oprimidos, todo eso, sabedlo bien: ¡no existe! Será, tal vez, una pesadilla vuestra... pero ¡no existe! "En la Argentina no hay cuestión social"... Estamos en el mejor de los mundos posibles... ¡Viva la patria! ¡Viva esta tierra ideal!... ¡Y pensar que no nos habíamos dado cuenta! Tuvo que subir a la tribuna un pobre anciano declinante y decirnoslo, para que lo supiéramos... Oprimidos: no lo sois... Cantad el Himno Nacional y la Marcha de San Lorenzo después de trabajar catorce horas, y los domingos, a la salida de misa, escuchad — sin dormiros, ¿eh? — las kilométricas conferencias del venerable prócer...

¿Pensará Carlés, el buen señor Carlés, el viejo señor Carlés, el... señor Carlés, que la cuestión social, en nuestro país, ya no existe porque fué ahogada con la acción sangrienta de la "Liga... Patriótica", en la llamada Semana Roja de Buenos Aires, que el pueblo no olvida?

¿Creerá, como Mussolini, el tirado de la oprimida Italia, y como Primo de Rivera, el amo de la vejada España, que la libertad y el derecho deben naufragar y hundirse ante la fuerza bruta?

Carlés y los suyos, ¿no ven o simulan no ver? ¿No oyen o simulan no oír?

"En la República Argentina no existe la cuestión social"...

¿Pero es que un hombre normal, un hombre de sano cerebro y recto corazón, un hombre a quien no corroen mezquinas pasiones bastardas,

un hombre bueno en suma, de cualquier credo que sea, puede afirmar, hablando sinceramente, semejante disparate? No. No lo creemos.

Porque es menester decirlo bien alto, pese a cuantos Carlés en el mundo son: la cuestión social existe, en éste como en todos los territorios americanos, viva en su palpitante interés, inquieta en su importancia vital, terrible en su eterno interrogante. Existe, aunque lo nieguen Carlés y los suyos, aunque pretendan ahogarla con el sable y la metralla: ella resurge, más formidable cada día en su creciente incesable angustia. Existe, sí, aunque un Carlés la niegue con dudable sinceridad: lo dice, bien claro, el dolor y la tragedia del pueblo; lo dice la voz que llega del interior del país, la voz de los esclavizados obreros de los ingenios provinciales y la voz angustiada de los trabajadores hambrientos, semidesnudos y analfabetos que "viven muriendo" en los desolados bosques chaqueños y en las regiones inmensas, en los vastísimos territorios que, trabajados por centenares de hombres, pertenecen — según la injusta legislación actual — a unos pocos privilegiados terratenientes; lo dice, en fin, el pueblo, el verdadero pueblo, el que da su carne, su sangre y su espíritu al país, ese pueblo que no es precisamente la multitud explotadora, que vive parásita en ciertos barrios de la ciudad, haciendo insolente ostentación de riquezas inmerecidas, sino la laboriosa muchedumbre, alma vivificante de todo nuestro territorio, a la que hoy agobia el más formidable desequilibrio económico, resultante de la viciada organización capitalista, podrida y encanagada en su base, que hoy soporta nuestra mansa población.

Pero los males, los tremendos males del pueblo, las laceras devorantes que torturan a las multitudes, son y han sido siempre letra muerta para Carlés y los suyos y para la cómoda egoísta burguesía que protegiendo a la babeante casta católica, es a su vez amparada por la avasalladora y coercitiva clase militarista. La cuestión social ofrece la rara, rarísima particularidad, de ser invisible para esos benditos personajes. Resulta, pues, que sólo la han visto, siempre, los hombres de espíritu firme y desinteresado, los que, en abierta rebelión con el ambiente fenicio y malsano que los rodeaba, supieron imprimir hondo carácter al alma popular, arrojando en ella la generosa y fecunda semilla libertaria; los que, en la tierra grandiosa de Lenin el genio, liberando a Rusia, de la iniquidad, la tiranía y el obscurantismo zaristas, dieron al mundo un luminoso ejemplo... Pero el pobre M. Carlés, en su quizá intencionada ceguera, no ha visto nunca, no ha querido ver nunca, nada de esto. Contrariamente, ha combatido, obcecado, empecinado, todas las buenas y justas aspiraciones, todos los resortes y medios a su alcance. Las ha alentado y sostenido el proletariado nacional. Las ha combatido con odio, con injusticia, con todos los resortes y medios a su alcance. Las ha combatido atacando con empecinamiento a los hombres que eran los más genuinos representantes de esas ideales. Las ha combatido fundando esa lamentable Liga que se salpicó de sangre y se cubrió de oprobio cuando jovencuelos almas negras asesinaron — se conocen y se hicieron públicos muchos casos concretos — a gente inocente e indefensa, durante la llamada Semana Roja.

Por eso, por todo eso, porque adoptando un papel que no le correspondía hirió el pueblo en sus derechos más justos y en sus más sagrados

intereses, ese pueblo odia al funesto santón, y cuando a un hombre honrado, a un obrero por ejemplo, se le pregunta qué opina de Carlés, de su boca sale un insulto... ¡Un insulto bien dicho, con todo el corazón!

No queremos extendernos demasiado en nuestra disección de un "discurso patriótico". Comprended: hay cosas que dan un poquito de asco... Hay frutas, de apariencia apetecible, que están podridas por dentro... Hay piezas oratorias, sonoras, brillantes, que esconden veneno...

Por otra parte, hay hombres que buscan, a todo trance, la popularidad. Para conseguirla lamen las manos — y los pies — de los poderosos, se curvan, adulan, matan, traicionan, devoran. En su loco afán de figuración la injuria, la injuria merecida, llega a agradecerles...

No injuriemos entonces.

Sigamos adelante. Brevemente vamos a mostrar algunos más de los muchos disparates vertido abundantemente, a modo de catarata interminable, por la boca del azotado hablador.

Dijo M. Carlés, refiriéndose a los niños de nuestros campos: "si ese niño rural, criado en un hogar extranjero, tiene la desgracia cuando llega a la juventud, de no ser sorteado como conscripto..." Suponemos que el vapuleado hablador dijo esto para hacer reír a la aburrida concurrencia... La desgracia, viejo señor Carlés, es hacer la conscripción, esa atrasada institución militarista que sustrae a la juventud de esfuerzos y ocupaciones mucho más útiles. Pero la parásita burguesía alienta todo lo que se relaciona con el ejército, su interesado defensor. Solamente el socialismo, con su noble política internacional, aboga por el desarme universal.

Además, desmiente bien a las claras a las transcritas palabras del señor Carlés, la alegría delirante de la muchachada que abandona el impuesto servicio militar, alegría que no deriva, seguramente, de la satisfacción de haber cumplido con la patria. Y, como se ha observado a veces, en forma gráfica y humorística, muchos de esos jóvenes abandonan la conscripción creyendo que cumplir con la patria consiste en lustrar las botas del coronel o en servir a la mesa de los oficiales...

El anciano hablador cacareó mucho también acerca del hogar... ¿Os imagináis a Carlés hablando del hogar y de la familia? Hay cosas que hacen reír... Porque ya sabéis que...

¡Cállate, pluma!

Silencio.

A cada paso Carlés mencionó su "experiencia docente", sus tareas en el aula. Pero esto, precisamente esto, debió omitirlo. Callarlo con vergüenza... Lo sabemos bien: Carlés ha sido siempre un profesor incapaz, un mal profesor. Repite en clase lo que dice en la Liga y en las iglesias. Ni más ni menos. Leas a la patria, a la bandera, a la constitución, al ejército. Todo es aquí maravilloso. Todo en la Argentina es perfecto (menos los obreros, se entiende...) Y este profesor que no cumple con su deber, este mal profesor, osa hablar de su experiencia docente y de su tarea educativa. Pero si habla de utopías, de cosas que sólo existen en su cerebro declinante... Carlés, como profesor, busca únicamente conquistarse la buena voluntad estudiantil y traicionando el puesto que se le ha confiado, transgrediendo su deber, haciendo mofa de su misión (¡él, que se atreve a criticar a los educadores que no se avienen con su estúpido nacionalismo!) regala los "sobresalientes"

EL ORGANITO DE LA POESIA

Por JOSÉ PÉREZ

Digamos que la poesía entre nosotros, salvo honrosas excepciones, no tiene ningún objeto. No ama a la humanidad: se ama a sí misma. No oye la voz universal de los hombres que pueblan la tierra: oye su propia voz, su voz meliflua y atiplada. El hombre que escribe para él no debía entregar sus escritos a la humanidad. Quien pinta para sí, no debería, asimismo, realizar exposiciones.

Bajo su exterior refinado y pulcro, nuestra poesía es groseramente baja y egoísta.

Hagamos notar que la mayoría de nuestros poetas son gentes distinguidas y desocupadas que no tienen nada que hacer y tratan de matar el morbo de su aburrimiento crónico escribiendo versos. Son niños o niñas bien, cuyas concepciones abstractas no traspasan la esfera doméstica de sus respectivos hogares. Para ellos y ellas la sociedad se compone de cuatro gatos y cuatro gatas que gatean por el Jockey Club o por la calle Florida. Todas sus inquietudes sociales son de orden doméstico o subalterno. Mentalmente viven todavía en el clan o en las catacumbas de la Edad Media. Es tan grande el número de versificadores mentecatos que han llegado a hacernos odiar la poesía. Otro tanto ocurre con el teatro. De una manifestación noble se ha hecho una manifestación impúdica y abominable.

tes" a cuantos tienen la desgracia de ser sus alumnos, creyendo así ganarse la simpatía de los estudiantes. Pero — hablamos con experiencia — estos profesores "bondadosos", complacientes, como nuestro castigado Carlés, sufren, al final de cuentas, el vituperio, la censura y la burla de sus mismos favorecidos...

Haciendo gala de su nacionalismo exaltado, en su maltrecho discurso, el prócer de cartón se expresó en forma calumniosa hacia los extranjeros, olvidando que éstos han contribuido en parte principal, a la formación de nuestro territorio: pero eso no lo reconoce el hablador de la Liga, ofuscado por su ciego y condenable patriotismo. Lo afirmamos así: el viejo Carlés no es patriota, sino patriotero. Es patriota el que reconoce los defectos e injusticias de su país y procura corregirlos. Es patriotero en cambio el que, como el señor Carlés, sostiene que su tierra es la mejor del mundo y profesa un ridículo odio a todo lo proveniente del extranjero.

Basta con lo dicho para dar idea de la bajísima, calidad moral e intelectual, del discurso comentado. Debemos finalmente encomiar la pesada labor de la "claque" adepta, de los alabarderos, cuyos sonoros aplausos de bien fingido entusiasmo lograron, con innegable dificultad, alejar del salón al propicio dios Merfeo que, incitado por el palabrero carlesiano, se ofrecía tentador a la paciente concurrencia...

Se nos dirá que las canas de un hombre, cualquiera que sea, deben merecer siempre nuestro respeto juvenil, o siquiera nuestra piedad... Es cierto, y nos inclinamos con reverencia ante quien, dignamente, no vacila en ostentárselas.

Pero, eso sí, las canas teñidas no nos han merecido jamás el respeto más mínimo...

RICARDO DE ZÁRATE.

Buenos Aires, septiembre de 1925.

Nuestros poetas suponen que Dios los crió a ellos para que vaguen por la calle Florida y por los cafés y por las timbas, tejiendo al compás de su pereza sus banalidades metronómicas. Las poetisas usan y abusan del verso con fines útero-romántico-sentimentales. Después de dar muchas vueltas y arrastrarse cuatro o cinco premios, casi todas van a parar al mismo sitio: o al Registro civil o a una casa amueblada. Los niños y las niñas son los predilectos de los jurados que están compuestos ordinariamente por niños envejecidos.

Nuestros poetas poseen un organito que llevan a cuestras con orgullo, el cual hacen sonar — musiquita tras musiquita — en las revistas o diarios burgueses para solicitar luego la limosna con que pagan estas publicaciones, la cantilena oficial de todos los organilleros de la pluma. Advertimos que cada organito posee su repertorio. Hay quien luce un magnífico arsenal de discos clásicos: la luna, el lago, la fuente, los pajaritos, los arbolitos y todos los dioses del Olimpo con sus respectivas diosas. La mujer toca siempre la misma manija. Otros tocan el rollo de la tristeza crepuscular. Este organito viene a ser "el organito de la tarde" del verso. Por lo común, este género de tristeza no pasa de ser una tristeza imaginaria que jamás se ha sentido en carne propia. Porque se ha dicho que el poeta es una bestia lúgubre o melancólica muchos poetas se condenan en vida a representar la farsa de la melancolía o de la lóbreguez. Pedro Miguel Obligado corresponde a esta categoría. Cada vez que coge la manija de su organito hace sonar el rollo de la tristeza crepuscular. Sin embargo, Pedro Miguel Obligado no es un hombre triste ni tiene en su vida privada o pública ningún motivo de tristeza. Todos los humoristas argentinos envidian su belleza física, su salud espartana y su estado económico. Ahora ocurre que entre los niños y las niñas, la tristeza con vinagre y polvos amarillos es muy chic. También Amado Nervo era un hombre triste que se indigestaba vuelta a vuelta y quien murió, finalmente, a resultas de una indigestión. Rubén Darío, en materia tan importante le mataba el punto al señor Amado Nervo, lo cual no obsta para que Arturo Lagorio — también él, hombre triste, soberanamente triste — se meta en un bolsillo a los dos. No creemos nosotros ciegamente en la tristeza de los hombres gordos. Abrigamos serias dudas al respecto. Los gordos no conocen penas porque la grasa se las destruye. Cuando un gordo se affige demasiado, lo único que consigue es ponerse de buen humor a nosotros los flacos. Si un gordo se affigiera de verdad inmediatamente perdería la grasa y dejaría de ser gordo. Apuntemos que la tristeza de nuestros vates proviene ordinariamente de un exceso en las comidas. Después de un banquete donde se hace acopio de materias animales, todas las coterrazas literarias sacan a relucir sus penas. El banquete originó aquí el desarrollo de la poesía melindrosa y elegiaca. La tristeza, la verdadera tristeza trata de encerrarse en un atillo y no de pavonearse por la calle como una niña bonita. La tristeza es respetable cuando existe una causa fundamental que la provoca, cuando es positiva y no ficticia. Se explica la tristeza de Leopardi,

que era jorobado, o la de Chatterton, que era un muerto de hambre. También se explica la tristeza y el dolor de Beethoven, que tenía un cáncer en el estómago, o el dolor y la tristeza de Dostoyewsky, que era pobre y epiléptico. Pero la tristeza de Pedro Miguel Obligado — tan lindo él, tan elegante él, tan rosadito él — eso sí que no se explica.

OTROS ROLLOS

Hay quien toca el rollo de la infancia. Al compás de un candor más falso que la tristeza de Pedro Miguel Obligado, aparece el velocípedo, la cajita de música, el balero, la muñequita, el gatito que hace "miau... miau..." y "fi... fi... fi...", la bolita y el trompito. Estos grandulones tocados de infantilismo poético todavía dicen "papá" y "mamá" y recuerdan con fruición de terneros o terneras la época feliz del biberón y del Quaker con crema.

Finalmente nos encontramos con los organilleros de las cuestiones nativas. Hay dos faunas: una le canta al gaucho y otra al indígena. Entre fauna y fauna se perfila una tercera que no hace cuestión de razas y le canta a los dos simultáneamente. Aquí los rollos son en verso y en prosa, y sumamente difíciles de comprender porque están plagados de términos quichuas y guaraníes y otras lindezas bárbaras. El organillero oficial de la fauna "norteña" o "puñeña" es el señor don Fausto Burgos, el literato que mejor se retrata y el que echa mejor su firma. (Nosotros, que tenemos una caligrafía endemoniada, nos descubrimos ante la firma impecable del poeta norteño). La otra fauna — la del gaucho — tiene una caravana de organilleros. Ahora que el gaucho y el indio han desaparecido casi, los poetas — siempre retrógrados — quieren resucitarlos a fuerza de sonetos y melopeas. Y nótese que no se menciona el horror en que vive el indígena, ni la miseria del paisano, sino que se evoca sus presuntas bellezas y se reproduce la insipidez cristalina de sus refranes y dicharachos. El poeta que también se caracteriza por su transparencia intelectual, no ve más que la parte exterior de la vida de uno y otro. Lo primero que impresiona su retina es el poncho rojo o la manta boliviana. Todos los chirimbolos miserables que rodean la vida del gaucho y del salvaje, las cuentitas y las latitas, los dejan bizcos. Se pasman mirando los telares esqueléticos de los indígenas. Sus cacharros mugrientos les parecen más higiénicos que las porcelanas de Sevres. Todo es digno de ser cantado. Quieren por lo visto resucitar los piojos de la tradición. Le cantan al rancho, aunque el rancho es oscuro y feo y antihigiénico, y cualquier casa moderna es mejor que el rancho. Le cantan a la carreta aunque el camión y el ferrocarril y el tren eléctrico son la perfección quintaesenciada de la carreta. Todos los cachivaches roñosos del gaucho resultan ahora poéticos. El gaucho mismo va resultando poeta. Sólo que nosotros habíamos ignorado hasta la fecha que poseyera semejante aptitud. Se le canta a la timba, que era y es un lugar de corrupción barata y a la taba, que era y es un juego de retardados y vigilantes. Se le canta al facón porque tiene una ese. Pero se olvida que el facón tiene dos filos y una punta y que es un arma de guerra mortal. Se le canta a la flecha con la cual el hombre mata al hombre. Cuando los poetas se ponen a cantar llegan a menudo a la inconciencia más trágica. Recordamos que Victor Hugo le cantó a un cañón y

Rudyard Kipling a los flecos que producía el fuego de la escuadra inglesa. Bueno: el cañón, los flecos de la escuadra, el facón, la daga, etc., todos los instrumentos de destrucción que ha inventado el hombre para asesinar a sus hermanos, no son dignos de ser cantados, sino aborrecidos. Queremos llegar a esta conclusión: que la poesía indígena o gauchesca que nos ocupa, es falsa porque se la desfigura. Se hace la exaltación de algo que lógicamente o no lo merece o que debemos repudiar. Se nos quiere hacer creer que el rancho es una gran cosa cuando nosotros sabemos por experiencia que es una gran porquería. Sólo los que no han vivido nunca en un rancho pueden cantar al rancho. Se nos quiere hacer creer que el gaucho es noble y pintoresco cuando nosotros sabemos que es todo lo contrario. Y hablando de sus bellezas se olvida lo que más puede interesarnos a nosotros del gaucho y del aborigen que es su miseria moral y física. En vez de escribir gansadas sobre ellos, sería más prudente remediar su situación. Pero los que tocan el disco nativo son organilleros pícaros que venden sus canciones a tanto el centímetro cuadrado.

MANIOBRAS MILITARES

Una vez más el soldado argentino ha sido adiestrado en el arte de matar a sus semejantes. Las tropas han invadido los campos incultos y los cañones han escupido llamaradas sobre unos ranchos donde se pude el famoso gaucho argentino.

Y es ante los ojos atónitos de esa pobre gente que los zapadores pontoneros hicieron el milagro de tender puentes sobre los ríos, de abrir caminos en los lugares intransitables, y de otras cosas no menos bonitas que duran lo que el ejercicio. Porque para el criterio militarote, los puentes no tienen otro objeto que facilitar el paso de la artillería gruesa. Las carretas de los que nos dan de comer tiene que vadear el río mientras el ejército juega a la guerra.

Y ante esto, ¿qué pueden pesar — si llegan a pensar esas pobres gentes de la miserable campiña argentina — de todo este derroche de fuerzas y de trabajo que a nadie beneficia?

¿Cómo — se van a decir — para llevar nuestros frutos nunca nos hicieron un puente, ni abrieron los caminos que necesitábamos, y ahora todo esto se hace para transportar unos cañones?

¿Es que tiene que haber más guerra? ¿Vamos a volver nuevamente a emporcarnos las manos con sangre de nuestros semejantes? ¿Vamos a ir a destripar a nuestros hermanos, otra vez, después de lo que hemos visto y oído? ¿Y todavía vamos a tener la vanidad de empuñar un fusil y vamos a seguir hablando de la patria y del deber para asesinar impunemente?

¿Y nuestras madres nos habrán parido para que el gobierno nos convierta en criminales, poniéndonos un arma en la mano y obligándonos a hacer fuego? ¿Y nosotros, que nos titulamos hombres, no vamos a tener el coraje de volver nuestras armas contra los que nos mandan a la carnicería humana que es la guerra?

Veremos. Los tiempos cambian. Y un fusil en manos de un hombre puede tener dos significados, ¡eh! ¡eh!

NOTAS SOBRE EDUCACION

POR

PEDRO JUAN VIGNALE

En otra parte hemos escrito reposadamente sobre este asunto de la reforma escolar. Fué con anterioridad al conflicto entre maestros y autoridades del C. N. de Educación. Entonces podíamos creer aún en la solidaridad del magisterio y en su preparación pedagógica; hoy no. La experiencia de un año nos ha permitido palpar la realidad del magisterio, y ahora afirmamos, con amarga seguridad, que nunca podrá esperarse la reforma de la escuela de la contribución lenta y personal del maestro de grado. Nuestro maestro de grado no posee, en pedagogía, más ideas que las que recoje en las aulas de la Escuela Normal, acaso menos, acaso las mismas, pero deformadas por la inercia, infantilizadas. La práctica diaria puede crear experiencia de detalle, pero nunca panorámica. De aquí que jamás podremos esperar del maestro de grado más que un aporte mínimo a la reforma de procedimientos, útil si se quiere, pero fragmentario, miope, que nada aportará por sí solo a la mayor eficacia del plan educacional.

Y esta desorientación, esta falta de visión de conjunto de nuestro problema educacional, no es patrimonio del maestro de grado. Hace poco más de un mes apareció en un diario matutino — precedido de un primavera acápito — el artículo pertinente de un inspector de enseñanza secundaria. No recordamos ahora el nombre de dicho inspector; lo mismo es. Todos, más o menos, poseen las mismas reducidas ideas. El señor inspector se perdía, en el referido artículo, por un laberinto de razonamientos absurdos, recurriendo, a cada dificultad, al estribo anecdótico, que es una prueba de insuficiente preparación intelectual. O se razona, o se refieren los hechos, para que deduzcan los demás según su particular entendimiento; o se presentan ordenadamente los hechos y las ideas. Pero nunca en forma atropellada, que es como exponen aquellas personas que acaban de ser víctimas de un accidente. Y quizá no sea más que esto, una exigencia de la "foja de servicios", lo que mueva a nuestros educadores a traducirse en vano.

Decía entre varias y divertidas cosas dicho inspector, que había que enseñar, a los niños de cierta provincia, a cortar mondadientes, para ofrecerlos a la venta en pequeños atados de hoja. Aconsejaba también, como una medida de recio nacionalismo, decorar esos líos con guardas quichuas de variados colores. Esto es, lo pintoresco, lo superficial. Cualquiera recuerda que nuestros maestros nos hacían colocar moñitos rosas en los ángulos de los cuadernos. El señor Campero, inspector de provincias, también publicó artículos y hubo dado conferencias sobre el mismo problema y con los mismos razonamientos de entrecasa.

Cierta vez propuso, para curar de miserias a los niños del interior — Catamarca o Santiago — que cada alumno de las escuelas de la Capital contribuyese con veinte centavos. Con la suma total se comprarían trajes y otras ropas para que el viajero que se aventurase por aque-

llas latitudes no sorprendiese en su desnudez a los pequeños vástagos, formándose, por tanto, una idea ridícula de la riqueza y civilización de nuestro país. Se dice en medicina que "toda enfermedad cutánea responde a causas internas". No se dice: está demostrado. ¿Creería el señor Campero, con Cristóbal Colón, que la desnudez de esos niños responde a una causa accidental, como lo fuera la ignorancia de los tejidos o de las confecciones? ¿No sería menos aventurado afirmar que dicha astrosidad es el índice del abandono y la miseria de esos pueblos? Hay que ahondar en la búsqueda de las causas. Nada haremos con vestir a un hambriento de frac: se nos morirá irremediamente. Claro está que no hemos de atribuir a la desorientación de la escuela la miseria de nuestras provincias, y aun de los barrios obreros de la Capital Federal. No: tienen de qué responsabilizarse la idiosincrasia de sus pobladores y la política criolla, egoísta, feudal, que es la polilla de América. Los beneficios de la educación sólo se perciben a largos plazos, no son inmediatos como los que derivan de una buena administración, de una administración patriótica del tesoro público, y de una política con horizontes más amplios que los personales, de partido, o simplemente de comité. Estamos haciendo consideraciones generales.

El anterior Consejo de Educación — que fué un desastre para la escuela argentina — fracasó por la deshonestidad de cada uno de sus miembros; este fracasará por la improvisación. El educador no se hace de un día para otro. La escuela no puede entregarse en manos de quienes nunca estuvieron en ella. Un abogado podrá tener ideas generales sobre lo que debe ser un médico, pero nunca las necesarias para dirigir un hospital. El caso del ex vocal doctor O'Reilly, que ignoraba, el día que le nombraron, cómo habría de desempeñarse, es ya típico en la historia de nuestras instituciones públicas. Son consecuencias de un país nuevo, sin tradición, claro está, pero que hay que evitar cuanto antes. La evolución gremial del magisterio no ha corrido paralelamente a su preparación profesional. Se han detenido los maestros en defender su posición económica, y es respetable que lo hicieran. Pero, ¿crearon méritos suficientes en qué afirmarse? El maestro de hoy que gana 200 pesos, poco más o menos, enseña lo que aquel que percibía 60. Han variado los métodos, los procedimientos, la edificación escolar, es decir, lo secundario; pero, ¿se trazaron nuevos planes de educación? ¿Se orientó la escuela hacia las necesidades del individuo, dentro de nuestro territorio?

¿Para qué concurren los alumnos a la escuela? Pregúntese esto a los maestros, a los inspectores de enseñanza, a los miembros del C. de Educación; nadie sabrá formular una respuesta satisfactoria. Pregúntese a los padres de los alumnos. Nos dirán: por obligación — deducción de todo hombre medianamente sensato.

Alberdi y Sarmiento — hace 60 años — entrevieron más claramente que nosotros la fun-

LA POESIA DE LA CALLE

INAUGURACION

A despecho de Samain y de los versolaris más o menos "anímicos", cuyo resblandecimiento medular no es — entre paréntesis — la mejor garantía de la veracidad de sus afirmaciones, la calle tiene su poesía. Poesía vibrante, espontánea y nerviosa que se brinda a las miradas amantes desde los balcones del alba y canta durante el día en el hervor de la ciudad multánime hasta ofrecérsenos desnuda y generosa en el silencio de las callejuelas nocturnas. Poesía que se desespera en el corazón del suburbio y escancian los ojos renegridos de las obreritas sentimentales a la hora del atardecer, mientras "él" las enreda en su charla soslayada y acariciadora. Poesía que palpita en la tragedia humilde y silenciosa de los almacenes que tienen un alma triste de paralítico y que quisieran desprenderse del muro esquintero y echar a correr tras la primer vecina que los captara con su lozanía y que, no obstante, tienen que resignarse a su dolorosa inmovilidad. Poesía que se inflama en el pecho de ese tranvía 47, rebelde y alborotador, que transporta todas las malas palabras de Puente Alsina a la Librería del Colegio y que desearía llegar a la Plaza de Mayo para incitar a sus compañeros a la revolución social pero que la burguesía, suspicaz y previosora, se lo impide, refrenando sus honrados impulsos a una cuadra de distancia. Poesía que vive en todos los instantes y todos los rincones de la urbe para quienes guarden en la faltriquera de su corazón un cacho de sensibilidad y cuyo espíritu han sabido apresar Evaristo Carriego y Alvaro Yunque en sus versos unisonos. Poesía, en fin, que trataremos de enjaular en la prosa de estos renglones desaliñados pero calientes de sinceridad y que despierta en nosotros al contacto de la emoción cotidiana.

TEATRO INFANTIL

Bajo un cielo recién pintado gustamos el sosiego de estas calles humildes agrupadas en un extremo de Flores. Calles piadosas que exhiben la simpática cuadratura de sus casitas simétricas para consuelo de los ojos cansados de resbalar por la presuntuosa edificación del centro y que nos nutren de ambiciones inocentes como

eión de la escuela en el desenvolvimiento económico y político de estos países de América. De entonces acá no hemos andado mucho. Se preguntaba Alberdi: "¿De qué sirvió al hombre del pueblo el saber leer?", y entre otras cosas se respondía: "Para instruirse en el veneno de la prensa electoral" para leer insultos, injurias, sofismas y proclamas de incendio, lo único que pica y estimula su curiosidad inculta y grosera." Y más adelante: "La industria es el único medio de moralización". Esto en 1850. Hoy seguimos creyendo que el fin primordial de la escuela es combatir el analfabetismo y no damos ninguna importancia al oficio, la profesión — por una parte — y el medio en que cada hombre habrá de desempeñar sus fuerzas, dentro de este enorme sindicato que es la sociedad, como si todo ello brotase por generación espontánea sobre el campo del ocio de cada individuo.

(Continuará).

la de tener una novia sencillota con quien pasear nuestra alegría a lo largo de este silencio amigo.

De pronto, una musiquilla glutinosa se nos adhiere al oído y nos conduce, después de salvar unas esquinas, a un recodo donde el júbilo infantil tañe su flauta traviesa. He aquí que la municipalidad armó el tinglado propicio para recreo de los niños pobres e ingenuos a quienes arrebató en fervido entusiasmo la farsa simple que otros niños desarrollan, mientras pasan las horas sigilosamente y los cohetes de las risas francas van a quemar el cielo del crepúsculo.

Y en tanto nuestra melancolía se engancha de los balcones vacíos, nos damos a remontar el pensamiento de que la tarde fué bella, bella sin duda alguna, porque las manos bondadosas de la dicha untaron el corazón de estos niños pobres quienes al salir del mundo celeste de la ilusión y entrar en el de la realidad, áspero y hosco, aprenderán a ver la vida con ojos mejores.

ZEITLIN.

EL MENDIGO DE LEVITA

Sobre los pies calzados con zapatillas rotas, unos harapos que parecían pantalones, y sobre éstos, rígida y negra, reluciente de tan gastada, caía la levita, grave como un ataúd.

Me asombró aquello. Puse veinte centavos en la palma del mendigo canoso, y lo interrogué...

Mírome a las pupilas; quizás viese en ellas no sólo curiosidad, porque se me sonrió benévolutamente. Luego su sonrisa se hizo picaresca.

—¿Por qué llevo esta levita, me pregunta usted, niño?

—Sí.

—Pues la llevo por negocio.

—¿Por negocio?

—Sí, niño. Los que me socorren no se atreven a dar un cobre a un mendigo con levita. Me dan veinte centavos, por lo menos, como ha hecho usted, niño.

Me alejé decepcionado. Yo ya había hecho volar mi fantasía y forjado una romántica historia a aquel mendigo de levita. Me alejaba, cuando oí chistarme. Fui a él de nuevo. Me dijo:

—No he terminado todavía. Escuche: No sólo me socorren con 20 centavos, sino que me socorren todos a quienes les pido. ¡Halaga tanto socorrer a un mendigo con levita!..

Esa vez sí, quedé satisfecho. Y le dí la mano.

ALVARO YUNQUE.

El cínico Tartarín de Tarascón estuvo muy orondo en el escenario del Teatro Son Martín durante el funeral cívico celebrado en homenaje a José Ingenieros. Nadie se mostró incómodo con la presencia de este farsante.

El martes 22 del mes próximo se pondrá en circulación el número 116 de LOS PENSADORES.

En Buenos Aires se ha inaugurado por primera vez un «Salón de Artistas Independientes». Recomendamos a la Jefatura de Policía la captura de sus organizadores.

“LOS POBRES” DE LEONIDAS BARLETTA

JUICIO CRÍTICO

En estas mismas columnas, hablábamos recientemente de los escritores del dolor social argentino, piadosos, reivindicadores y humanos. La entraña de la nueva generación, arroja a diario escritores heterogéneos, entre los que se singularizan unos pocos, con perfiles y relieves propios. Las tendencias literarias actuales, tienen sus exponentes, algunos de los cuales cuentan con la simpatía de los que esperamos un futuro mejor en el arte, conquistado con espíritu de trabajo, con voluntad y fuerza creadora. Ha dicho Anatole France, que «al mundo, hay que darle por testigos la Ironía y la Piedad. Son dos buenas consejeras: la una sonriendo nos hace la vida amable; la otra, llorando nos la torna sagrada». ¡Y, entre la vida amable y la vida sagrada, no es difícil la elección para un hombre de corazón!... Leónidas Barletta, es un escritor joven, que viene realizando su obra con amor, inspirado por una ideología humana, atraído por el gris de miseria y hofandad en que viven los humildes, cristianamente hermano de los que sufren. Así lo atestigua «Los Pobres», desventurados uncidos a la impiedad de lo trágico cotidiano, como diría el converso Giovanni Papini.

Forman el último libro de Leónidas Barletta, doce cuentos realistas, amargos y ásperos. En su realización, el autor ha puesto sinceridad, espíritu comprensivo y una íntima vibración simpática, en el dolor de sus personajes. Hay escritores para quienes la palabra «dolor», tiene el encanto de un término armonioso, grato al oído; existen otros, para quienes el mismo vocablo, significa más que el propio sufrimiento, todo un aspecto de la vida, por el que pasan los atarazados por todos los males, miserias e injusticias, sin hallar nunca — entiéndase bien, ¡nunca! —, un rayo de luz, un poco de felicidad como compensación a una larga contribución de dolor y de ensueño.

Entre éstos forman los escritores sociales argentinos, entre ellos debe considerársele a Leónidas Barletta. Escritor realista por muchos conceptos y características, los asuntos realizados en «Los Pobres», fueron concebidos por el vientre de la vida diaria; la imaginación ni el excesivo espíritu analítico deformaron la psicología de los personajes, el autor narró la historia de esas vidas sencillamente, obteniendo efectos de emoción y belleza, dejando expuestos doce dolores, doce vidas miserables, a la mirada de los otros, los felices, sus hermanos en Cristo...

«Ve pues ahora y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y esculpela en libro para que quede hasta el postrero día, para siempre, por todos los siglos» — dice el profeta bíblico, cuyas palabras estampó Barletta, a manera de pórtico en «Los Pobres». ¿Cuál tuvo que ser entonces, la visión única del escritor, ajustado a ese imperativo? Realista, eminentemente realista. De ahí que la simpatía que nace al leer el primer cuento hacia la protagonista, la vieja Rosario, vaya intensificándose a medida que nos ponemos en contacto con el pequeño Jaime, de Bartolomé, el sepulturero; de la vieja Milagros, a quien la miseria arrastró del cuello al seno de un antro para mantener sus nietos; de Eduardo y su ar-

mónica; de Ambrosio, que dice su desdicha y orfandad a la fiera que cuida, acaso menos fiera que los hombres y con menos garras que la vida; contemplando el final de Gramiya, para terminar con la «Vía Crucis» de esa muchacha dulce y buena, a la que «alguien le había dicho que era desdichada porque se llamaba María», en uno de esos presagios fatalistas y oscuros, arraigados en el alma de los humildes...

Pero entiéndase que hablamos de un realismo sin deformaciones. La vida, áspera y descarnada, los seres con sus dramas íntimos y sus miserias, sus pequeñas alegrías y sus dolores sombríos. Esa es la escena, y por ella cruzan las criaturas maceradas, perfiles lívidos. Sin embargo, no causarían asombro ni incredulidad, excepto para los reclusos en torres de marfil. En conjunto, «Los Pobres» deja una sensación de amargura profunda. Ninguno de ellos es feliz, ninguno se salva del dolor; para ellos, el alba y la luz que se hacen en la miserable vida, llegan con la muerte. Criaturas que pasan, azotadas por la fatalidad y la injusticia. Frente a ese desfile de desventurados que son miles y miles en la entraña de la ciudad, pensamos en aquella página de Barret — «Buenos Aires» — de una visión tan angustiosa y de una verdad tan profunda: «¡También América!» Sí, también América, cuyos hijos conocen las torturas de todos los oprimidos de la tierra!...

Colocado Leónidas Barletta en un plano de interpretación y de orientación ideológica y artística semejantes, muchos podrán creerlo un pesimista. Salvando distancias y ambientes, ¿no lo fué acaso Maupassant, «convencido de la imposibilidad de ser feliz?» — como observa Paul Souday. — Pero Barletta, como todos los nuevos escritores sociales, sabe que «la felicidad del Pueblo es la suprema ley», y que la solución del problema social, no es una utopía, ni un falso miraje — como se afirmara de la Ciudad Blanca que creó en «Trabajo» el ideal de Zola, porque si un pueblo santificado en el martirio y la amargura como Rusia, probó al mundo que sonaba su hora, fué capaz de hallar su salvación, también los hombres se salvarán, los malditos, los pobres, los humildes, y ante ellos, crearán los increíbles, cuando como ya lo ha dicho Elías Castelnuevo en forma vigorosa, de los miserables, leprosos y ex-hombres de Facio Hebequer, llegue la hora de la justicia: «Y cuando llegue, todos estos muertos, todos estos fantasmas vivientes, todas estas sombras espectrales, que inmolásteis al apetito feroz de vuestro egoísmo bárbaro, se levantarán desde sus tumbas para amaros: ¡Miserables!, os dirán ellos: mirad lo que habéis hecho de nosotros. ¡Imploráis! ¡Ahora imploran perdón!... ¡No, para vosotros no hay perdón, no puede haber perdón, jamás habrá perdón para vosotros!»...

Barletta ha realizado sencillamente los motivos. Su prosa limpia, sin contorsiones, ostenta, entre otros, el mérito del vocablo exacto y de la adjetivación justa. Dialoga sintética, descarnadamente, con crudeza, ganando en intensidad dramática y en emoción. Grafica los ruidos de los elementos

y de los animales. Logra así dar una fuerte sensación verista a sus relatos, colorido a sus cuadros, adueñándose del lector a quien contagia y transmite totalmente el drama, la amargura, el profundo desconsuelo de los pobres... A veces, trunca la historia, para caer en la descripción exterior, paisaje o momento. Pero ello no resta intensidad a los relatos, porque es sobrio, parco en la nota descriptiva. La tendencia básica del realismo en el arte, ha sido y es — hoy más que nunca de acuerdo a la orientación del realismo ruso — alcanzar la sencillez formal y expresiva en beneficio directo de la intensidad y de la emoción. La interpretación es simple y, sin embargo, muchos escritores jóvenes han creído que llegar a la sencillez, significa incurrir en pobreza de expresión. Barletta, salva fácilmente el peligro, aunque, advertimos, incurre en repeticiones de imágenes y de expresiones.

Veamos algunos ejemplos: En «la armónica» página 81, cuando muere el maestro de Eduardo: «A la mañana, cuando llegó a la casa de Don Ramón, le dijeron:

—El maestro ha muerto.

¡Muerto? ¡Muerto? ¡Muerto? Estaba allí en su lecho...» Luego, cuando Eduardo, abandona la casa, insiste Barletta: «La caja del violín, le golpeaba familiarmente en la pierna. Cada golpe decía: ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto!»...

En cuanto a repetición de imágenes, anotamos algunas:

«Relevo de media noche», página 19: «Luego se queda inmóvil, sintiendo cómo el frío que le muerde las carnes le hace nacer un calor interior como de fiebre».

En «Los Pobres», página 14: «La vieja sintió en la espalda un frío mordiente»...

En «Amigos», página 38: «Los dientes de Pedro, inician un castañeteo rápido; el frío le quema las pupilas y le muerde las manos, los pies, los bordes de las orejas y la punta de la nariz».

«Evadidos», página 61: «... y los dienteillos finos y feroces del frío, mordisquean las carnes magras».

Como se ve, Barletta incurre en repeticiones ingratas, doblemente sensibles si se tiene en cuenta las varias imágenes y metáforas originales, que contienen sus relatos. Estas repeticiones apuntadas, nada significan sin embargo, en la obra de Barletta, orgánica y humana. Las muchas bellezas que contiene «Los Pobres», obliga por sinceridad y libertad de sana crítica, a anotar las fallas; ya que entre los nuevos escritores argentinos, que realizan una bien inspirada revisión de valores, debe guillotinarsen en la plaza pública, al Ditirambo.

Psicológicamente, Barletta nos muestra seres humanos, sencillamente humanos, tal vez por ello dolorosamente desdichados. No hay deformaciones atrabiliarias por un afán exagerado de psicoanálisis, tan común en los novelistas latinos. «Los Pobres» viene a agregarse a la producción realista, sanamente realista que marcará una etapa de verdad, de idealismo y esfuerzo en la evolución de la literatura argentina. Contiene relatos modelos, como «El organillero», «La muerte», «El sepulturero loco» y «Evadidos». Doce grabados en madera de José Arato, vigorizan la obra. Traducen una fuerte capacidad artística, comprensiva y original y una visión gemela a la del escritor, que hizo un libro, de verdad de misericordia y de amor...

“PACIFIC (231),” Movimiento sinfónico de Arthur Honegger

La diferencia que existe entre el arte y la artimaña, el genio y el ingenio, la sensibilidad y la habilidad, es tan sutil que frecuentemente se confunden ambas condiciones.

La presentación de esta hermosa pieza musical, con descripción e información de su significado, prevenía contra una obra de efectismo futurista; pero felizmente no lo es.

Si Honegger no hubiese sido un artista de verdad, se habría equivocado bonitamente. La descripción musical de una máquina de tren al ponerse en movimiento, y luego su carrera en medio de la noche, era un tema artísticamente pobre, un tema propicio para caer en un desliz de funesto materialismo.

Pero ocurre que el artista hizo, ante todo, una locomotora ideal: le dió alma y corazón.

Cuando la entraña de la máquina comienza a palpar en la orquesta, sugiere de inmediato la figura de un ser animado de vida propia e impaciente por lanzarse a devorar espacio sobre los rieles.

Se percibe un esfuerzo fácil para los miembros potentes y sanos del animal sediento de distancia. Esta facilidad se hace más evidente a medida que del esfuerzo surge un deslizamiento suave y enérgico a la vez.

Entonces responde la vibración de todos los músculos de la máquina. El oyente llega a identificarse con el palpar de las arterias de una fuerza que se desarrolla ágil en su elemento: la distancia.

El impulso es cada vez mayor, y este creciendo no sugiere, en ningún momento, ideas de pobreza mecánica, sino de un gran equilibrio vivo y consciente.

Ya lanzada en plena marcha, entre los silbidos del viento y de su respiración sonora y amable, se oye algo inesperado; ocurre un acontecimiento que llena el pecho de júbilo: ¡La locomotora canta!

Y la canción de la maquinaria en marcha, propulsada por una voluntad libre, es alegre y dulce como un resurgimiento de la primavera.

El artista ha sorprendido la emoción de la máquina; parece que hubiera llegado a ser el corazón mismo del tren en marcha. Todo el conjunto de los nervios, que son de hierro; la circulación del vapor vivificante, y el sentimiento del artista, que ha fecundado el alma de la máquina para hacérsela sentir, traen a nosotros, en una versión musical, el goce del esfuerzo propulsor y el alegre cantar que se pierde por momentos, quizá enredado entre las pulsaciones de una energía exuberante y grande, grande como el sol que fecunda la campiña y como el viento auspicioso que acaricia un cuerpo de titán noble y generoso.

MEDIOCRIDAD DEL DIOS CATOLICO

Errores y fallas de Elohim.— Obscenidades y pillerías autorizadas por el verdadero Dios.

POR

S. RODRIGUEZ CASANOVA

Nos hemos ocupado ya, aunque en forma brevísima, del gran patriarca hebreo cuya inmoralidad pusimos de manifiesto. La necesidad de referirnos hoy a ciertos actos del Creador en sus relaciones con el mismo, nos obliga a recordar otros episodios de la vida pecaminosa de este hombre y sus descendientes inmediatos.

No insistiremos sobre algunos detalles comprometedores, tales como el madrugón que se dió Abraham al celebrar una alianza con el rey Abimelech quinientos años antes del reinado de este filisteo — error cronológico que no condice con la infalibilidad divina—. Vamos a ocuparnos aquí de cosas más graves, de hechos cuya realidad histórica colocará al Creador al grosero y bárbaro nivel del autor bíblico.

Entre esos hechos merece señalarse la circuncisión ordenada por Jehová a su protegido cuando éste contaba ya noventa y nueve años. Es inadmisibles que Dios, después de crear al hombre con prepucio, le impusiera esa poda original y sangrienta que parece la concepción de un demente, y menos aun, que sometiese a una operación tan dolorosa a un viejo impotente y centenario como lo era Abraham.

Nos resistimos a creer, igualmente, que Jehová maltratará en forma tan cruel al hombre que favorecerá con su protección y confianza hasta el extremo de comer en su casa y hacerlo su confidente. Las ideas y costumbres democráticas que se atribuyen a algunos reyes y príncipes modernos quedarían completamente eclipsadas ante la sencillez campechana del Dios hebreo.

Estando sentado Abraham a la puerta de su tienda en el alcornoque de Mamre, recibe la altísima visita de Jehová, acompañado por dos ángeles, los cuales “reposan y comen” en casa del patriarca, como simples mortales. Resulta de esto que el Dios “auténtico” tenía costumbres tan humanas como los otros dioses del paganismo que sentían todas las necesidades y pasiones terrenales.

Los huéspedes divinos fueron obsequiados con carne, manteca y leche, y durante la comida Jehová reveló a su favorita el propósito de destruir a Sodoma y Gomorra. Abraham no está de acuerdo con el proyecto divino, reprocha a Dios la idea de destruir una ciudad sin respetar siquiera a los justos, y le aconseja amigablemente diciéndole: “Nunca tal hagas. El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer derecho?”

Los argumentos del patriarca deben ser de tanto peso que hacen cambiar de parecer a Jehová, y le promete el perdón de Sodoma a condición de que en la ciudad se encuentren por lo menos cincuenta justos. ¿Ignoraba Dios este detalle en su infinita sabiduría, o es que se burlaba de su siervo?

Pero Abraham no está conforme todavía, y con un espíritu de usura genuinamente judío, empieza a regatear con Jehová el precio para la salvación de Sodoma, y después de varias

transacciones concluyen por fijar en diez el número de justos indispensables para ello. He aquí, pues, un dios que discute con un hombre y se deja convencer por sus consejos y razones.

Sin embargo, Sodoma fué arrasada por el fuego del cielo, lo que prueba que allí no había hombres justos y que, a los cuatrocientos años del correctivo diluviano, la corrupción y maldad humanas eran mayores que nunca. Es cierto que Lot y su familia fueron salvados de la catástrofe, pero esto debe atribuirse a una deferencia de Elohim por tratarse de parientes de Abraham, y no a las virtudes de tal familia, cuya depravación no podía ser más grande. Los sucesos ocurridos en su casa la víspera del incendio y el episodio de la cueva de Segor, son pruebas innegables de lo que afirmamos.

En efecto, llegados a Sodoma los ángeles que habían acompañado a Jehová hasta la tienda de Abraham, fueron obligados por Lot a hospedarse en su casa contra la voluntad de los mismos, que querían “dormir en la plaza”, y después de la cena (los emisarios celestes volvieron a comer), los habitantes de la ciudad, “jóvenes y viejos, del uno al otro cabo” rodearon la casa de Lot exigiendo la entrega de los huéspedes (para abusar de ellos!

Lot se resiste a satisfacer la monstruosa petición de los sodomitas, y para calmarlos les propone una transacción más monstruosa todavía: les ofrece sus dos hijas, vírgenes aun, “para que hagan con ellas lo que mejor les parezca”; pero los asaltantes rechazan la propuesta y empiezan a violentar al propio Lot, que es salvado por sus huéspedes y castigados con la ceguera los autores del atentado.

Al día siguiente, la familia de Lot abandona la ciudad con la prohibición de mirar atrás, y como la mujer de éste no pudiese dominar su curiosidad, fué convertida en estatua, después de lo cual, el “honorable” sobrino de Abraham se refugió con sus hijas en una caverna de Segor donde las inocentes y púdicas doncellas embriagaron a su padre y se acostaron alternativamente con él, haciéndole cometer un doble incesto por temor de no encontrar marido y tener que conservar toda la vida su odiosa virginidad.

Si estos episodios fueran auténticos, poco tendríamos que aprender de la sabiduría y moral divinas. Los errores del cielo son tan numerosos como los errores de la tierra. Dios creó primero una humanidad viciosa y malvada, la exterminó con el diluvio, la restauró con un ebrio, y al poco tiempo se vió obligado a destruir dos ciudades para castigar las aberraciones de sus habitantes, salvando al mismo tiempo a una familia completamente degenerada. ¡Y todavía sostienen los sectarios de la Biblia que su Dios y su religión son los únicos verdaderos!

El Dios de Israel, que pasa por ser el verdadero, es un ser idéntico a los demás dioses del

Oriente. Es cruel, feroz, injusto, vengativo; se equivoca a cada paso y para corregir las imperfecciones de su obra castiga a una humanidad irresponsable cuyas fallas no supo prevenir. El verdadero Dios no pertenece, pues, ni a los judíos ni a los cristianos, ni a ninguna religión conocida, porque la verdadera religión, la religión humana, no existe en el mundo. Todas las religiones, y particularmente la católica, no son más que un comercio inmoral y descarado. La gracia del cielo se cotiza en el mercado de la iglesia como una vulgar mercancía, y a veces resulta un artículo de lujo que sólo pueden adquirir los potentados.

Los obispos que en el Concilio de Trento adjudicaron a Dios la paternidad de la Biblia, fulminando tremendos anatemas contra todos los que no pensaran como ellos, han ultrajado al cielo como jamás lo hicieron los peores enemigos de la religión, y Moisés, supuesto autor del Pentateuco, no tendría motivos para ruborizarse ante los escritores más cochinos de nuestro siglo, porque sus libros son un modelo de pornografía. Los sucesos de Sodoma a que nos hemos referido, la prostitución de Sara y Rebeca por sus propios maridos, y la que ahora vamos a decir sobre Jacob, es lo mismo que se lee en cualquier libro prohibido, aunque el estilo de Moisés no sea el mismo de Joaquín Belda o Felipe Trigo.

Jacob, el más aventajado nieto de Abraham, que despoja a su propio hermano de los derechos más sagrados, se presenta en casa de Laban, tío suyo y padre de dos muchachas: Lía y Raquel. Jacob se enamora de esta última, la pide en matrimonio, y su tío le exige como precio el trabajo de siete años, condición que aquel acepta y cumple, pero llegado el día de la boda, el hombre que estafó a su hermano es a la vez estafado por su tío, el cual, valiéndose de la obscuridad conduce al lecho conyugal a su hija Lía, sin que el aturcido novio advierta el engaño hasta el día siguiente. Y de este modo, Laban obligó a su yerno a trabajar otros siete años por la codiciada posesión de Raquel.

La fecundidad, tan desprestigiada hoy, era motivo de orgullo en aquel tiempo, y Raquel, que resultó estéril, fué despreciada por el hombre que trabajó catorce años por su amor. El repudio del marido y la envidia que le causaba la maternidad de su hermana, que había dado cuatro vástagos al común esposo, la llevaron a imitar la conducta de Sara, y entregó a Jacob su esclava Bala diciéndole: "Entra a ella y parirá sobre mis rodillas". Y, efectivamente, Jacob entró a ella y la hizo madre de Dam y de Nephthali.

Entonces, la orgullosa Lía "que había dejado de parir", sintió celos de Raquel, y tomando a su sierva Zelpha se la llevó a Jacob, el cual no tuvo reparos en aceptar este nuevo presente de sus mujeres, y para complacer a unas y otras hizo concebir a Zelpha otros dos hijos: Gad y Aser. De esta suerte, las Doce Tribus se parecen a Heimdall, el fabuloso personaje que guarda ese puente de fuego que llamamos arco iris, el cual era hijo de siete madres...

Raquel, que por este tiempo gozaba del favor de Jacob, se lo alquila a su hermana a cambio de unas mandrágoras que Rubén había recogido en el campo, y Lía hace valer sus derechos de locataria reclamando el amor de Jacob, a quien dice: "Tendrás que dormir con-

migo esta noche, porque te he alquilado por las mandrágoras de mi hijo". Y Jacob cede a su ruego haciendo concebir a Lía un nuevo hijo, pues Jehová, que según la Biblia se ocupaba en abrir y cerrar las matrices de las mujeres de sus patriarcas, devolvió su fecundidad a Lía y concedió a Raquel los honores de la maternidad.

Jacob, en medio de esta vida de serrallo, no ha olvidado, sin embargo, sus viejas artes de estafador sagaz, y para defraudar a su suegro, plantó delante de los abrevaderos de los rebaños unas varas de álamo, castaño y almendro, que tenían la virtud de hacer "calentar" a las ovejas cuando las miraban, y de este modo parían corderos de la clase elegida por Jacob. La intervención directa de Jehová en estos actos inalicificables es manifiesta, pues un ángel se aparece a Jacob en sueños y le dice: "Alza ahora tus ojos y verás todos los machos que suben sobre las ovejas".

Jacob huye de la casa de Laban llevándose sus rebaños y sus mujeres; Raquel hurta los ídolos de su padre (prueba evidente del paganismo hebreo), y cuando Laban entra a revisar las tiendas en busca de sus dioses, Raquel se sienta sobre ellos y ruega a su padre la dispense de levantarse "porque tiene la menstruación".

¡Y pensar que el monstruoso tribunal de la Inquisición ha quemado montañas de libros calificados de heréticos! ¿Qué libro profano ha imaginado contra Dios las cosas inauditas que le atribuye la Biblia, consagrada por la iglesia? ¿No es lógico suponer que el Concilio de Trento fué una reunión de orates? Y sin embargo, hay en la tierra quinientos millones de fanáticos y supersticiosos que siguen creyendo en la santidad de ese libro cuajado de pecados.

Hemos visto ya que Dios comió en casa de Abraham, con quien discutió el caso de Sodoma. Esos hechos son contrarios a la naturaleza divina y quitan todo valor real al episodio; pero lo que colma la medida de lo absurdo es la lucha que Jehová sostiene cuerpo a cuerpo con Jacob en un lugar que éste llamó Phanuel: Elohim, convertido en un vulgar gladiador, pelea una noche entera con Jacob sin poder vencerlo, no obstante golpearlo en el "anca" y dejarlo cojo en recuerdo de la lucha. ¡Vaya un recuerdo para ser del cielo!

La derrota divina es confesada por el mismo Elohim al decir a su adversario: "Desde hoy te llamarás Israel porque has luchado con Dios y con los hombres y has vencido". ¡El Dios Omnipotente proclama su vencido a un hombre que tiembla como un niño temiendo la venganza de su hermano Esaú! ¿Es posible imaginar algo más insensato?

¿Y cuál no sería el poder de Esaú cuando infunde tal pavor a un hombre que ha vencido a Dios y es padre de dos hijos tan valientes y esforzados como Simeón y Leví, los cuales para vengar el ultraje que Sichem hiciera a su hermana Dina, atacaron solos la ciudad, mataron a todos los varones, se llevaron cautivos los niños y las mujeres y se apoderaron de todas sus haciendas y tesoros? Sin embargo, Esaú no hizo ningún milagro, ninguna hazaña, y sólo sabemos que era un hambriento y un explotado por su hermano.

S. RODRIGUEZ CASANOVA.

Bs. Aires, octubre 12 de 1925.



Ha muerto Ingenieros. Nosotros nos creemos en el deber de recordarlo por muchas razones. Era un hombre bueno y honrado. Se trazó en vida una línea de conducta y la siguió hasta el fin. No vendió su conciencia ni encerró su pensamiento en ningún dogma. Luchó por la libertad de todos los hombres. Era un hombre libre. Luchó por la cultura de este pueblo de animales que lo enterró miserablemente. Exceptuando algunos literatos, nadie más fué a su entierro. Fué un entierro triste y doloroso.

Hoy que los pocos revolucionarios que quedan se pasan al bando enemigo con armas y bagages, la muerte de Ingenieros adquiere proporciones desmesuradas. También se resiente la cultura, aquí, donde se cuentan tan pocos hombres cultos.

Los escritores de la izquierda, que lo querían de verdad, le rinden este humilde homenaje.

Hay distinción y distinción, amigos míos. No todo tiene que ser rudeza y grosería en la vida de sociedad. Si no hubiese hombres afeminados no se podrían destacar los hombres velludos y masculinos. Lo llamado "chic" es chic y no hay nada que hacerle. La sociedad crea una atmósfera de finuras y sutilezas amerengadas, en cuyo perímetro revolotea cuanto pajarito y pajarita aparece en la república. Crea una especie de jaula de oro, verdadero refugio de bichos delicados y parleros que se alimentan diariamente con la lechuguina de todas las delicadezas y refinamientos de nuestro siglo. Cuando una niña se enoja con otra niña no le dice una zafaduría: le suelta un caramelo con un granito de sal. Cuando a un niño le ocurre algo semejante con otro niño, le dirá, a lo sumo, insolente o guarango. Generalizando, no se dice "guaranga", sino "guaranguez". No se dice "es mentira", sino "es inexacto", que es lo mismo para el que lo dice, pero no es lo mismo para el que lo escucha. Tampoco se dice "usted miente", sino "usted no está en lo cierto". Y en vez de decir "esto es malo", se dice "esto no es bueno". La cortesía y la fineza son dos caños finos que desembocan siempre en el caño grueso de la hipocresía.

Dentro de esta atmósfera viciada cae también la servidumbre que rodea a los maricas. Si el patrón es fino, el mucamo, pongamos por caso, le mata el punto. Si la madama es atildada, la fámula es más atildada todavía. La servidumbre no tiene otra personalidad que la impersonalidad de sus amos. Los fámulos que viven en contacto con escritores distinguidos adquieren una distinción amanerada e impecable. Así, por ejemplo, el mucamo de Larreta posee un léxico castizo que ya lo quisiera para sí un señor literato de la izquierda con todos sus humos. Conocimos un cochero al servicio de un cirujano que tenía un caballo muy nervioso. Cuando hablaba de él, decía que el caballo poseía "un temperamento neurosangüíneo". Si el caballo amanecía remolón, el hombre aseguraba que ese día su caballo "se había levantado en estado patológico". Luis Borges — un muchacho que no ve muy bien — por lo menos no ve muy bien lo que escribe — inventor de la célebre palabra "prefaciación", tiene una sirvienta que dice "imaginífico" y "falsedá psicológica". Detrás de las palabras vienen después las maneras y los gestos. El portero de Mario Bravo posee una actitud reservada de poeta melancólico y ademanes de orador socialista sacramentado. Da la impresión de estar siempre en "Cámara" o en "Senado".

Para llegar a comprender lo que apuntamos es menester leer los avisos "sección mucamos o mucamas" que aparecen todos los días en todos los diarios. Veamos uno: "Mucama, se ofrece, para un hotel distinguido, posee tres idiomas, es joven y bien educada, etc." Veamos otro: "Mucamo, se ofrece, competente, buena presencia, frac, smoking, habla francés, inglés, italiano, sirvió en casas distinguidas", etc.

A veces representa mejor la farsa del frac o del smoking el mucamo que el patrón. Y suelen pintarse mejor las mucamas que sus patronas. También en materia de subirse o bajarse las faldas lo hacen con mayor rapidez.

Pero gracias a toda esta gente podemos estar orgullosos, supuesto que en Europa cuando hablan de la Argentina dicen que es un país chic. Gracias a las niñas y a los niños y a sus distinguidos lacayos y lacayas.

(Algunos ejemplares, descriptos en quintillas)

NICOLAS CORONADO

Es un pretencioso crítico
de espíritu envenenado,
es negativo... y negado
y hasta un poco metafísico:
don Nicolás Coronado.

HUGO WAST

A Hugo Wast, de esta manera
moralmente lo retrato:
es un escritor nato,
con vanidad de ramera
y mogigatez de beato.

OLIVARI

Osó escribir cierto ensayo
este chico adulador,
y sin sombra de pudor
lo dedicó, cual lacayo,
a Gálvez, su protector.
(Y lo que de éste se diga,
viene bien para Stanchina.)

SOIZA REILLY

Asesino de las letras,
novelador pornográfico
y repórter telegráfico:
las obras que tú perpetras,
Soiza Reilly, causan pánico.

CONSTANCIO VIGIL

¡Pobre Vigil!... Vigil es
el que fundó tanta revista
con ribete espiritista.
¡Y no acertó ni una vez
este viejo periodista!

LUIS RICARDO VISCONI.

HABLAN LOS REOS

Robé un pan. — No tenía hogar, ni lecho
ni ropa, ni jergón...
/Quién va allí de uniforme con gran cruz en el
[pecho?

—Un ladrón.

Soy criminal. — Con un golpe de maza
quitéme la razón destino fiero:
/quién pasa allá, arrastrado por dos potros de
[raza?

—Un ratero.

La crápula maldita
me puso en la miseria — y me ha vendido.
¡Qué espléndido palacio radiante! /Quién lo ha-
[bita?

—Un bandido.

Viola, seduce, roba y asesina
y miradle: ¡es un rey!
/Qué prostituta canta lúbrica, en esta esquina?
—La ley.

GUERRA JUNQUEIRO.

CLERICALISMO Y OPRESION

El conflicto suscitado entre el Vaticano y el gobierno ha tenido la virtud de evidenciar el privilegio que en nuestra democracia se ha creado el clericalismo, y como éste, ratificando sus reconocidas dotes usurpadoras, ha abusado de las prerrogativas que el espíritu religioso de los fundadores de la nacionalidad argentina, mal de la época en que se operó, lo vistieran.

Y esta incidencia, pretendida pujanza entre dos poderes, contemplada por el pueblo con indignación, ha puesto al gobierno en una situación ridícula que no condice con sus desplantes de paladín defensor de la soberanía nacional.

El menoscabo de la omnipotencia y el desmedro de la autoridad por la institución eclesiástica son vejámenes que el gobierno capitalista que nos rige no puede castigar so pena de perder el fiel aliado que con su corruptora influencia espiritual contribuye eficazmente a afianzar el imperio de su denominación.

Porque ha pesar del adelanto experimentado por las masas populares en todos los órdenes, el clericalismo no ha dejado de ser lo que siempre ha sido: el primordial factor del oscurantismo y del embrutecimiento mediante los cuales ha podido erigirse en tirana de la actual organización social la clase capitalista.

«No hay cosa más poderosa para mover al pueblo que la capa de la religión bajo la cual se suelen encubrir grandes engaños», ha dicho el Padre Mariana en su crónica General de España. Así es; hay que recorrer las páginas de la Historia para darse cabal cuenta a que alto grado se llegó a anestesiar la mentalidad popular con los resabios supersticiosos que a través de las generaciones han hecho presa fácil de las gentes ignoras y cómo en nombre de sofisticos conceptos divinos, impuestos a sangre y corrupción, ha perseguido el clericalismo los más ruines fines materiales.

Desde la Edad Media en que la Iglesia, en la cúspide de su poderío, transformó su poder moral en una autoridad política, el poder temporal, en cuya defensa no vaciló en embarcarse en una lucha de tres siglos a mano armada, que le fué adversa, hasta hoy día, infiltrada e nlos Estados que la toleran en carácter de autoridad moral, porque les es necesaria su influencia, ha venido imponiendo una carga económica de la cual no se han librado ni siquiera quienes no profesan sus doctrinas y lo que es más vejatorio sus intentos de obstaculizar al progreso, persiguiendo a los hombres que con su ciencia y sus desvelos quisieron sobreponerse a la época en que actuaron.

Mientras que por un lado procuraba sojuzgar al pueblo infectando una de las más bellas facultades con que ha sido dotado el hombre: el libre albedrío, por otra iba desarrollando una hábil política oportunista que le permitió amoldarse a todos los regímenes: En los países regidos por el absolutismo justifica al déspota invocando la voluntad divina y en las pseudo democracias nadie es más acérrimo defensor de las libertades que el clericalismo que las explota en su beneficio.

La deficiencia de los métodos educativos vigentes que procuran una instrucción simplista y superficial durante escaso tiempo, el suficiente para impartir nociones que disminuyan el número de los analfabetos en vez de dar la cultura in-

tegral que le es necesaria al hombre para desenvolverse en la vida, es un hecho que el clericalismo no deja de aprovechar, sobre todo lejos de los centros urbanos donde apenas si las escasas nociones elementales se enseñan en forma rudimentaria.

Además las exigencias de la vida que obligan a la mayoría de los jóvenes proletarios a alejarse de los centros de estudios para buscar en trabajos penosos e incompatibles con la edad, el sustento y que, por lo general, no les deja más que el tiempo suficiente para el descanso contribuyen desgraciadamente a aumentar, el número de los «ignorantes-alfabetos» incapaces de librarse de los prejuicios y del fanatismo que fomenta la Iglesia.

La innovación que está en vísperas de producirse: la emancipación civil de la mujer y sus derechos políticos, de realizarse, vendrá a acrecentar el poder de la Iglesia por intermedio de los partidos políticos católicos, si hemos de dar fe a las estadísticas obtenidas en los países donde rige ya dicha reforma porque las mujeres, de natural impresionable, de escasa cultura, son víctimas del fanatismo religioso, más bien deslumbradas por la imponencia de las ceremonias, de las galas orfebres de los templos, de las ricas investiduras, que por su convicción en la fe misma, a la que generalmente no entienden e interpretan arbitrariamente.

Los principios científicos que destruyen los mitos bíblicos, estructura básica de las doctrinas que han dado vida a la Iglesia, hechos accesibles a todas las mentes, mediante la educación integral, tarea que podría ser emprendida por las juventudes universitarias de vanguardia, han de abatir en un porvenir no lejano, al clericalismo evidenciando la impostura con que ha sostenido deleznales sofismas divinos sin más objeto que detentar el máximo del poderío material.

Por otra parte, es halagador para el espíritu sensato constatar la acción del proletariado consciente empeñado en fijar nuevas normas de convivencia social donde nada tienen que hacer las plagas que, como el clericalismo, han degradado a la humanidad, en contraposición de los nacionalistas que desde el atrio de las iglesias predicando dogmas de obediencia, de resignación, de pasividad y de oscurantismos, que no otra cosa significa la «patria con fe».

M. A. LANDAU.

Buenos Aires, septiembre 1925.

En nuestro próximo número publicaremos colaboraciones especiales de *Elias Castelnuovo, Juan Guijarros, Julio R. Barcos, C. Delgado Fito, Hermnia C. Brumana, Ricardo M. Ortiz, Julio H. Brandán, Alejandro Castiñeiras, Roberto Mariani, Alvaro Yunque, Luis Emilio Soto, Pedro Juan Vignale, Enrique González Tuñón, César Tiempo e ilustraciones de Facio Hebecquer, Juan Antonio, Abraham Vigo, M. Mascarenhas, Adolfo Bellocq; crítica y comentarios de arte por Agustín Rignelli y J. Salas Subirat.*

1. Las ideas encienden la noción del progreso, pero los sentimientos son los que realizan el progreso, transformando las ideas en costumbres.

2. Tratemos de no emplear nuestra ira más que para los grandes acontecimientos; el odio, tan necesario para el contrapeso de la indiferencia humana, se deshace en polvo inútil si lo empleamos en las minucias de nuestra vida cotidiana: La ira es santa cuando, transformada en indignación y protesta, se emplea como una pasión constructiva y fecunda.

3. La educación es tanto más eficaz según la cantidad de esfuerzo que ponga en borrar la distancia que ha impuesto la naturaleza entre hombre y hombre.

4. Con frecuencia acontece que hombres que se creen amigos sólo son cómplices, porque lo que los une no son iguales afectos o aspiraciones iguales, sino comunes intereses; y el interés es una argamasa muy poco sólida para unir corazones.

5. La indiferencia con que nuestra generosidad recibe la ingratitud del prójimo, nos dará el grado de nuestra generosidad.

6. Envidiar es admirar con perversidad.

7. Odiar el mal, es el camino de la virtud; imponer el bien, es la virtud misma.

8. El verdadero hombre libre es aquel que piensa y siente como si nadie estuviese a su alrededor y que obra de tal modo que no perjudica a quienes lo rodean.

9. Cuanto más grande es un hombre, más desconfía de sí mismo; sólo a los grandes les está permitido establecer comparaciones entre lo que son y lo que debieran ser; cuando hemos ascendido un largo trecho por la cuesta de una montaña, nos apercibimos de lo mucho que falta para llegar a su cima, a pesar de que cuando la mirábamos desde su falda, nos pareciera que fácilmente podríamos aligerar a la cumbre.

10. La maldad es un dolo que la conciencia se hace a sí misma.

11. Hoy llaman rebelde al que no quiere dejar de ser.

12. El que enseña, debe estar dispuesto a repetir mil veces lo que enseña y el que aprende debe estar dispuesto a enseñar mil veces lo que aprende.

13. No hay nada más parecido al cerebro de un loco que esta vida nuestra, en la cual todo es desigualdad, desarmonía y desequilibrio.

14. El genio ama la vida, he ahí el mayor de los sarcasmos, ya que el genio es quien menos la disfruta.

15. La verdad es una fuerza expansiva, como el gas; en cuanto deja de oprimirse, tiende a ocupar el mayor volumen; y cuando se le oprime, explota.

JUAN GULJARRO.

A última hora, ya cuando va a entrar en prensa la revista, y sin tiempo para comentar con la merecida extensión el hecho, dejamos constatado nuestro hondo regocijo por la lección que el pueblo dió al juglar Francisco Villaspesa, la noche que se celebraba el funeral cívico de Ingenieros.

Honrábase en el teatro San Martín la memoria de Ingenieros, porque se ha visto en su obra de prédica social a un espíritu nuevo, a un pensador que descontento de la injusticia social capitalista, miraba al futuro, en busca de otros regímenes sociales, más libres; en síntesis: a un enemigo de déspotas.

¿Qué tenía que hablar allí, entonces, el juglar Villaspesa, poeetico doméstico, cantor del tiranuelo Gómez de Venezuela, del tiranuelo Leguía del Perú y del tiranuelo Saavedra de Bolivia? Este histrión, que desde hace siete años pasa a fuerza de adulaciones, rival de Chocano en servilismos, no tenía derecho a hablar allí. Más: profanaba la memoria del muerto que allí se honraba. No lo vió así la Comisión de Homenaje, que lo incluyó en la larga — e híbrida — lista de oradores; pero el pueblo, que cuando se sabe de línea, impulsado por su conciencia, no se engaña nunca, impidió justicieramente, con una ruidosa y casi unánime protesta, que el maculado Villaspesa hablara. Fué el escándalo. ¡Bien venido el escándalo, ya que él, exteriorizando el sincero sentir de los más aptos para admirar a Ingenieros, daba una lección vergonzante al hombrecillo ese que ha puesto su rima venal y su ritmo comprable al servicio de los conculcadores de la libertad en Sud América! Fueron más allá los justicieros indignados: no toleraron la presencia del sondo vate andaluz en le escenario, y Villaspesa hubo de retirarse de él, corrido por los gritos, a lo perro apaleado, con su discurso entre las piernas, como si su discurso fuera su rabo de animalito doméstico.

Ya es la segunda vez que ocurre esto en Buenos Aires. Ayer, Albert Thomas, el socialista traidor, Presidente de la Asociación del Trabajo — ajeno —; hoy este bufón de verso fácil y vacío. ¡Bien por Buenos Aires!

El viejito David Peña intentó reprochar al «pueblo argentino» su falta de hospitalidad, para él con raigambre histórica. Se equivocó el viejito. Allí no se trataba de hospitalidad argentina. Se trataba de honrar la memoria de un hombre que tuvo Neas de libertad, en pugna contra toda tiranía; ¿cómo permitir, entonces, que los labios de un bufón, sucios a fuerza de adular y de negar, hicieran sonar en aquel caldoso recinto unas cuantas frases protocolares y cortices, tan venales como cuando cantara loas a Gómez, a Leguía y a Saavedra? Porque es lógico creer que Villaspesa, hombre falta de toda conciencia, ayuno de toda idealidad, es venal siempre: cuando loa tiranos y cuando loa a hombres como Ingenieros, enemigo de tiranos.

Lo repetimos: la noche del 19 de noviembre fué una noche de fiesta para nosotros; y no hemos querido dejarla de festejar, ya que en ella estuvo en masa la redacción de esta revista de juventud, desgarrándose los pulmones para hacer callar a un intelectual de médula flexible y estro comprable. ¡Linda lección! A fe, que nunca se soñó la Comisión de Homenaje, que incluyera en su lista de oradores a una serie de fósiles que nada tenían que ver con las ideas de Ingenieros; no se soñó nunca que el pueblo había de proporcionar al muerto que se honraba, la más digna de las honras, la que más cara había sido a su espíritu: un acto de justicia. ¡Estupenda lección!

LOS PENSADORES

TEATRO CONTEMPORANEO

Barbusse, Henri.—Fatalidad	0.20
Barret, Rafael.—Páginas dispersas	0.20
Bonafoux, Luis.—Clericanallas	0.20
Darío, Rubén.—Cabezas	0.20
Gautier, Teófilo.—El vellocino de oro	0.20
Gorki, Máximo.—Lo que yo pienso del pueblo ruso	0.20
Gourmont, Remy de.—Una noche en el Luxemburgo	0.20
Heine, Enrique.—Memorias	0.20
Justo, J. B.—Estudios sobre la moneda	0.20
Mariani, Mario.—Lágrimas de sangre	0.20
Maublair, C. Nietzsche y D'Annunzio.—Wagner	0.20
Muñoz, Escames.—Pasteur, su vida y su obra	0.20
Ortega y Munilla, J.—Calandria, Rey de Morella	0.20
Palacios, Alfredo L.—El Nuevo Derecho	0.20
Poe, Edgar Allan.—La muerte roja	0.20
Rodín, Augusto.—El Arte	0.20
Rousseau, Juan Jacobo.—Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres	0.20
Spencer, Herbert.—El progreso	0.20
Tolstoi, León.—Lo que debe hacerse (El destino de la ciencia y del arte)	0.20
Tolstoi, León.—Mi Confesión	0.20
Toltoi, León.—¿Qué es el arte?	0.40
Unamuno y Ganivet.—El porvenir de España	0.20
Un tomo conteniendo: Soñadores, de Knut Hamsun; Generosidad de corazón, de Selma Langerlof; Los comediantes sin saberlo, de Honorato de Balzac; El spleen de París, de Carlos Bandelaire, y La muerte de Jesús, de Eç de Queiroz	1.—
Un tomo conteniendo: Los espectros, de Leonidas Andreieff; Misas herejes y otras poesías, de Evaristo Carriego; Los simples y otros poemas, de Guerra Junqueiro; El misionero, de Almafuerte; Idilios y fantasmas, de Pio Baroja; Lillian, de Enrique Sienkiewicz, y Memorias, de Enrique Heine	1.—
Un tomo conteniendo: Regale de amor y Morada de Paz, de Rabindranath Tagore; La Humanidad del porvenir, de Enrique Lluria; Defensa de la Internacional, de Salmerón y Pi y Margall, y Rusia en las tinieblas, de H. J. Wells	0.20
Vargas Vila.—Verbo de adhesión y combate	0.20
Voltaire.—La moral religiosa	0.20

Alvarez Quintero, S. y J.—Cancionera	0.20
Benavente, Jacinto.—La Malquerida	0.20
Benavente, Jacinto.—Lo sojos de los muertos	0.20
Benavente, Jacinto.—Los intereses creados	0.20
Villasepa, Francisco.—La Leona de Castilla	0.20
Romero y Fernández Shaw.—Doña Francisquita	0.20

TEATRO NUEVO

González Castillo, José.—Hermana mía	0.40
Pico, Pedro E., y Juan León Beagua.—La grieta	0.40
Defilippis Novoa, F.—Los caminos del mundo	0.20
Bellán, José Pedro.—La Ronda del Hijo	0.20

NOVELAS DE AVENTURAS

Conan Doyle, A.—Un crimen misterioso	0.20
Poe, Edgar Allan.—Un viaje a la luna	0.20
Salgari, Emilio.—Los naufragos del Spitzberg	0.20
Verné, Julio.—Una invernada en los hielos	0.20

LOS CONTEMPORANEOS

Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos	0.40
Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos (por pluma)	1.—

LOS NUEVOS

Americas, Enrique M.—Tangarupá	0.20
Americas, Enrique M.—Tangarupá	1.—
Barletta, Leonidas.—Los Pobres	0.20
Barletta, Leonidas.—Los Pobres	1.—
Castelanova, Elias.—Malditos	1.—
Castelanova, Elias.—Tinieblas	1.—
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina	0.20
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina	1.—
Yunque, Alvaro.—Verros de la calle	1.—

CLASICOS DEL AMOR

Fiorilegio del Amor (Lo que han sufridos los que aman los más serios)	0.20
de la Humanidad.—La magia del amor	0.20
Maublair, C. y Martín, R.—Fidelidad con Margal	0.20
Musset, Alfredo de.—Margot	0.20
Nardón, Marx.—Cómo aman las mujeres	0.20
Ovidio.—Arte de amar	0.20
Rueda, Salvador.—La cópula	0.20
Turgueneff, Iván.—Y así pasó el amor	0.20
Valle Inclán, R. del.—Corte de amor	0.20
Igeniercos, José.—Estudios sobre el amor	0.20

Estas obras se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos
Los pedidos a la Administración se remiten francos de porte.

EDITORIAL CLARIDAD

Dirección Postal: C. de Correo 736—Administración: Independencia 3531
Buenos Aires

QUILMES

CRISTAL

ES LA MEJOR CERVEZA

Confeccionado en los talleres de la Federación Gráfica Bonaerense para la "EDITORIAL CLARIDAD"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar